

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

PEDRO PABLO RUBENS.



Cuadro de la capilla sepulcral de Rubens.

I.

INTRODUCCION.

La historia de las artes cuenta en su gran catálogo infinidad de hombres eminentes; todos han contribuido mas ó menos á dejar consignado un nombre que respetará la posteridad: pero son muy pocos los que han logrado despertar la
25 de Noviembre de 1850.

admiracion universal. Rafael, Miguel-Angel, Velazquez, Murillo, Van-Dick, Rubens.... Detengámonos. No hay duda que existe cierta analogia seductora, entre la deslumbrante riqueza del pincel de este artista y la magnificencia real de que se vió cercado durante su vida. Pablo Rubens vivió en las principales cortes de Europa; tuvo intimas relaciones con las primeras dignidades del mundo y hasta con sus mo-

TOMO VIII. 31

marcas, y de aquí su gran facilidad en reproducir con la fecundidad que le caracteriza, los magníficos ropajes, los pomposos ornamentos y los admirables adornos que ha multiplicado su inimitable pincel. Ni el estudio, ni las vigiliass hubieran podido suministrarle aquel caudal de profundos conocimientos, que adquirió con sus frecuentes viajes y con sus repetidas embajadas. Rubens es uno de los pocos pintores que han sido felices atravesando el período de su carrera artística; pudo libremente, sin luchas de ninguna clase, satisfacer todos sus deseos, y nunca se presentó á sus ojos mas que el bello cuadro de la naturaleza que solicitaba reproducir.

El papel de Rubens en la historia de las artes, es de la mas alta importancia, no por los numerosos y buenos discípulos que ha tenido, los cuales bastarian para el cimiento de su gloria; en la historia de la pintura tiene su nombre otro título, un título independiente del mérito de sus discípulos y del número de sus obras.... Rubens es jefe de una escuela que ha cambiado y renovado la faz de las artes.

Es cierto que estudió con especial cuidado y afición las escuelas romana, florentina y veneciana; pero creemos—y tal vez nos aventuramos á decir mucho—que de esta misma perseverancia en la observacion asidua de distintas escuelas, nace su estilo esclusivo, que no pertenece al romano, ni al florentino, ni al veneciano. Adivinó, sorprendió los secretos del arte y se sirvió de ellos para encontrar el suyo propio: lo que le enseñaron sus primeros maestros, desaparece al contemplar la individualidad de su escuela.

Tal vez haya quien nos pregunte en lo que consiste la individualidad de Rubens; de qué modo se separa de la escuela italiana. Rubens ha sido el primero que ha buscado la grandeza y la belleza exterior, en el idealismo de la parte armoniosa y santa de la figura humana; Rubens ha sido el primero que ha querido sacar de la realidad tomada en sí misma y por ella misma, todo cuanto podía contener de seductor y magestuoso.

Para conmover, para admirar, no tuvo precision de recurrir á la mirada angelical de Rafael, ni á sus actitudes, tan distantes del mundo real, ni á sus facciones, tan puras y divinizadas que no podrian descender á la vida humana, sin una manifiesta profanacion. Rubens se contenta con la naturaleza que tiene delante de sus ojos, llena de savia y de energia, llena de movimiento y de placer, y lejos de corregir lo que en un principio le parecia exuberante é irregular, exagera lógicamente y en provecho de una idea el carácter del modelo. No obstante, Rubens vió, como Rafael, las figuras italianas, vivió, como él, en el campo de Roma; pero sin duda llegó á comprender que Rafael habia agotado los recursos de la expresion ideal, acaso sintió que no alcanzaria ninguna gloria siguiendo sus huellas en un camino tan frecuentado; prefirió abrir una nueva senda y transitar por ella con completa libertad.

La escuela romana se habia entregado enteramente á la pureza de los contornos, á la armonia de las lineas, sacrificando con gusto á las exigencias del dibujo, tal como ella lo habia concebido, los caprichos de la luz, los accidentes, los episodios revelados por una observacion atenta; pero que tenia cierto carácter de mezquindad. Rubens entonces toma un método opuesto; en vez de someter el color á la forma, escoge en el modelo lo que halla mas inmediatamente pintoresco, esto es, el color, y para hacer este carácter mas sensible y poderoso, exagera á costa de la forma, pero sin se-

pararse nunca de una lógica admirable que él únicamente posee, puesto que Rubens inventa para producir un efecto dado, siempre inteligible y real.

Si la pintura italiana es casta y santa, la pintura de Rubens es singularmente atrevida, pues observa á la naturaleza y la reproduce bajo el prisma de la realidad; pero la realidad que nos presenta se asemeja tan poco á las trivialidades de la vida usual, que es mas bien un objeto de estudio y admiracion que una provocacion lasciva y desordenada. Hay mucha verdad en aquellas carnes palpitantes llenas de sangre y de vida, cierta cosa grande y elevada, superior á nuestra naturaleza.... Rafael idealizó el órden; Rubens idealizó el movimiento.

Si de estas consideraciones puramente estéticas descendemos á intereses mas inmediatos, Rubens es tambien un digno asunto de reflexiones y de estudio: no hay mas remedio que remontarnos á su época para comprender y seguir la reaccion pintoresca de la restauracion: solo pensando en Rubens es como se comprende el origen de la escuela inglesa; y por último, aun cuando Rubens no sirviese para explicar el simbolo en derredor del cual se reanudan las mas li-songeras esperanzas acerca de la historia de las artes, se sacaria un gran provecho estudiándole, no solo como grande artista, como un hombre extraordinariamente hábil en la ejecucion de una pintura, sino tambien por una individualidad constante y por su perseverancia en no haber obedecido nunca mas que á sus propias inspiraciones.

II.

LA DECLARACION.

Pedro Pablo Rubens nació en Colonia el 29 de junio de 1577; su familia, que era noble, vino á establecerse en Amberes en la época de la coronacion del emperador Carlos V. Juan Rubens, su padre, católico ardiente, despues de haber ejercido en esta ciudad las primeras magistraturas, se ausentó de allí al cabo de algunos años para huir de las turbulencias religiosas, y regresó á Colonia con su esposa, en cuya poblacion compró una casa, en la cual Maria de Médicis debia espirar el año de 1634. La madre de Rubens, doña Maria Pipelinga, tuvo siete hijos, siendo Pedro Pablo el menor de todos ellos. En un principio le destinaron al estudio del foro, y ya se habia señalado por sus progresivos adelantos, cuando murió su padre en 1587. La desconsolada viuda volvió con él á Amberes donde el jóven Pedro Pablo terminó sus estudios de filosofía con notable aprovechamiento, pues hablaba y escribia en latin con tanta facilidad y pureza como pudiera hacerlo con su lengua materna.

Colocóle su madre en calidad de page en casa de la condesa de Lalain, á cuya señora debió consideraciones muy especiales.

Paseábase un día por el jardin con dicha señora, y habiendo llegado esta á un banco de piedra donde tomó asiento dijo á Pedro Pablo:

—Rubens; siéntate á mi lado que quiero hacerte una pregunta.

El jóven se acercó con escesaiva timidez y obedeció á la condesa.

—¿Qué teneis que preguntarme?

—Hace algun tiempo que observo en tu fisonomia, prosi-

guió la condesa de Lalain, la espresion del mas vivo pesar. ¿Qué te falta? ¿Tienes alguna queja de mí? ¿No es de tu gusto el empleo de page que tienes en mi casa?

—Señora, respondió Rubens, mi buena madre se ha empeñado en dar un giro opuesto á mis naturales inclinaciones y de aquí procede la profunda tristeza que notais en mí. Sois muy amable; mientras he estado á vuestro servicio, no he hallado mas que motivos para espresaros mi gran reconocimiento, en vista de las singulares atenciones con que os dignais distinguirme; y se aumenta mi pesar al conocer que nunca podré hacerme acreedor á tan espresivas manifestaciones.

—¿Por qué, hijo mío? preguntó la condesa con su acostumbrada amabilidad.

—Porque la carrera que me han obligado á emprender no es de mi agrado, y no puede ser agradecido el hombre á quien contrarian sus inclinaciones. Sin embargo, señora; yo dejaría de ser ingrato con vos, si vos os propusierais abrirme la senda por la cual deseo transitar: si venciendo las preocupaciones de mi madre la convencierais de lo mal que hace obligándome á aceptar lo que yo no puedo acoger benignamente.

—Bien, dijo la duquesa sonriendo, revélame tus inclinaciones, y cuenta desde luego con mi apoyo.

—¿De veras, señora? exclamó el jóven enagenado de contento. ¿Me dais palabra?... ¡Qué feliz soy!

—Sepamos, hijo mío.

—Pues bien, señora; la naturaleza se ha presentado á mis ojos con todos sus encantos: yo he visto el mar ensoberbecido, furioso, amenazando sepultarme en su abismo, y lejos de aterrarme me ha parecido hermoso; miro al hombre dominado por las mas indignas pasiones, y al examinar su desagradable fisonomía, exclamo: «¡Qué hermosa cabeza para un cuadro!» Veo la muger espirando, y al paso que los otros huyen, yo me aproximo y digo: «¡Esta lúgubre espresion la puede reproducir el pincel de un buen artista!» Creo haberos confesado, que ambiciono ser pintor.

La condesa sonrió, le apretó la mano; el jóven besó la de la condesa, quien se alejó del jardín diciendo:

—Cuenta con mi apoyo y cooperacion.

Y Pedro Pablo lloró de gozo. La condesa habló á doña María Pipelina y no sabemos lo que dijeron entrambas; pero la historia dice; que á los tres dias de este suceso, la condesa entró en el famoso taller de pintura de Adan Van-Ort, y vió á su page muy afanado dibujando una boca y una oreja.

III.

ADAN VAN-ORT.

Habia trascurrido cerca de un año: en uno de los mas hermosos dias de octubre, se celebraba en Amberes la festividad de San Rafael: la condesa de Lalain se llamaba Rafaela, y nada mas natural que solemnizar el aniversario de uno de los primeros titulos de Flandes. Serian las diez de la mañana cuando nuestra amable condesa presidia—al lado de su esposo—la mesa espléndida que se habia preparado para dar un brillante almuerzo á todas aquellas personas hácia las cuales concedia la condesa una distincion especial. Todos estaban ya sentados y habia dado principio el almuerzo cuando dijo la condesa por lo bajo á su esposo:

—Mucho me estraña, querido esposo, que Rubens, no haya venido.

—Aun no tarda, respondió el conde.

Con efecto, al poco rato, apareció un criado anunciando á don Pedro Pablo Rubens. Instantáneamente se presentó el antiguo page ciñendo á su cuerpo un riquísimo vestido, y sosteniendo en su mano, con una gracia especial, un chambergo de anchas alas con una magnífica pluma blanca, cuyo extremo superior besaba suavemente la alfombra del comedor. En la mano izquierda llevaba un papel de cartulina enrollado.

—Os echábamos de menos, amable jóven, dijo la condesa sonriendo al aparecido mancebo.

—Lo que me anunciais me complace sobre manera, respondió Rubens, porque justifica el singular aprecio que me profesan en vuestra morada, pues siempre se echa de menos aquello que se desea.

Los demas convidados hicieron iguales demostraciones de atencion y complacencia, y fueron estrechándose las distancias á fin de dar cabida en el banquete al jóven pintor. Sin embargo, éste, antes de tomar asiento, y despues de haber entregado el sombrero á un criado, desenrolló el papel que llevaba en la otra mano y mostró á los ojos de la condesa la bella imagen del arcángel San Rafael dibujada con una inteligencia extraordinaria.

—Muy bien, caballero; dijo la condesa, os doy la mas cumplida enhorabuena por vuestros visibles adelantos.

—Señora condesa, dijo el antiguo pagecillo inclinando la cabeza, recibid esa pequeñez, tributo de mi escaso ingenio; pero al mismo tiempo, como una verdadera espresion de los primeros pasos dados por vuestro page en la carrera de las artes. Vos habeis sido mi protectora, aquella buena señora que logró vencer las preocupaciones de mi madre que se negaba á dejarme emprender una profesion que me encanta, y en la cual tengo la arrogancia de presentir mi futura felicidad.

La condesa recibió el significativo agasajo de su protegido, y dió gracias por el recuerdo. Al pie de la imagen decia: *Tributo de afecto y reconocimiento que hace á la noble señora condesa de Lalain, su mejor amigo y humilde servidor, Pedro Pablo Rubens.* La condesa leyó sonriendo satisfactoriamente la dedicatoria, é inclinó la cabeza repetidas veces mientras leía. Luego soltó la preciada estampa y suplicó á su page que se sentara. La condesa de Lalain contó este dia en el número de los mas felices de su vida. Un corazon sensible y generoso se complace extraordinariamente con estas sencillas manifestaciones que nacen del alma. ¡Quien duda que esta noble señora estaria diciendo silenciosamente: «Si este jóven llega á ser un célebre pintor á mí me lo deberá!» Y esta sola reflexion bastaba para llenar su alma de júbilo y placer.

Terminó el almuerzo, y todos pasaron á la sala principal. La condesa iba siempre al lado de su dichoso protegido. Sin embargo, Rubens clavó sus ojos sobre la lujosa péndola que estaba en la sala; la esfera señalaba la una menos algunos minutos, y el pobre jóven se acordó con pesar de que no era dia de precepto; que los talleres estaban abiertos; que su maestro era un hombre intolerante y cruel con sus discípulos; y que en la situacion de aprendizaje en que se encontraba, le era de todo punto imposible poder disponer de su tiempo.



Estátua de Rubens en Amberes.



Bajo relieve del monumento de Rubens en Amberes.

Nuestros lectores sabrán el rigor de los artistas de aquellos tiempos; á pesar de la categoría que disfrutaba Pedro Pablo en la sociedad por su nacimiento y demás cualidades, no podía sustraerse á la rigidez de la disciplina que los profesores imponían á sus discípulos indistintamente. Antes, pues, que recibir una reprensión y verse castigado prefirió Rubens ausentarse de casa de la condesa y acudir presuroso á su taller.

La condesa, lejos de desconocer lo que su page le espone en disculpa de su ausencia, accedió á ella con notable sentimiento, y Pedro Pablo partió prometiendo asistir al concierto que se celebraba en su casa aquella misma noche.

Llegó Rubens al taller de Adan Van-Ort, hombre de extraordinaria habilidad en su arte; pero disipado y tirano.—Entró el jóven en su cuarto de estudio, y al punto le rodearon casi todos los discípulos preguntándole, donde había estado, á la vez que le participaban con cierto temor, que el maestro había preguntado por él repetidas veces, que estaba embriagado, y le aconsejaban que se marchara si no quería experimentar las terribles consecuencias de su mal reprimida cólera. Rubens contestó:

—He faltado, porque he tenido que dar cumplimientos á un deber sagrado.

—¡Huy! exclamó uno de los compañeros.

—Yo no huyo, respondió Pedro Pablo con dignidad. Los criminales son los que huyen y yo no lo soy.

Rubens se apartó de sus camaradas y llamó á la puerta del cuarto de estudio de su maestro.

—¿Puedo pasar adelante?

—Si, señor, contestó con voz bronca Van-Ort.

Y Rubens se puso grave y sereno en la presencia de su maestro, el cual comenzó á reprenderle con una aspereza inusitada y brutal, á punto de obligar al jóven aprendiz á interrumpir á su maestro, para decirle que moderase su juicio y se abstuviera de apostrofarle de una manera tan poco digna de un hombre que profesaba el sublime arte de la pintura.

Adan Van-Ort que se vió reconvenido con tanta dignidad y fuerza de razón, dió riendas á su enfurecimiento, y hasta se atrevió á tirarle una Biblia con láminas que tenía sobre la mesa; pero afortunadamente la embriaguez no le permitió hacer certera la puntería, y el sagrado libro pasó volando por encima de la cabeza del jóven aprendiz, el cual, viendo que su maestro se preparaba para un nuevo desacato, salió del aposento y dejó encerrado á su ébrio antagonista temeroso de que le siguiera. Rubens, se alejaba para siempre del taller mientras que Van-Ort gritaba y daba fuertes puñetazos en la puerta para que le abriesen.

Pedro Pablo contó á su madre lo que le había sucedido; por la noche refirió esta misma anécdota á la condesa, quien aplaudió su resolución, ofreciéndole buscarle otro maestro mas digno de su aplicación y demás excelentes cualidades.

IV.

LA SORPRESA.

Ocho dias despues de este acontecimiento, se hallaba Rubens, merced á las recomendaciones de la condesa de Lalain, en el taller de Otto Vænio, pintor que no tenía rival en aquella época. Cuatro años estuvo á su lado, al cabo de los

cuales pudo sin travas de ninguna especie trabajar bajo sus propias inspiraciones. Otto Vænio escribió una carta muy atenta á la condesa de Lalain en que la decia que desde aquel momento declaraba pintor á su protegido don Pedro Pablo Rubens, á la vez que vaticinaba que sería con el tiempo uno de los primeros artistas del mundo civilizado.

La condesa de Lalain, orgullosa y satisfecha con los progresos de su protegido, tuvo una conferencia con él, y le preguntó lo que deseaba. El jóven, manifestó sus deseos de pasar á Italia, y la condesa de Lalain le proporcionó acto continuo cartas de recomendación de los archiduques Alberto é Isabel.

El dia 20 de mayo de 1600, se despedía Rubens de su madre y de la condesa de Lalain, y salía de Amberes, lleno de entusiasmo, para visitar á Venecia y estudiar en ella las obras del Ticiano, el Veronés, y el Tintoretto.

Hallándose en Mantua, en la misma casa donde se hospedaba, vivía un caballero á quien Rubens no conocia, pero al cual miraba incesantemente y de una manera particular. Reparó el caballero, y deseando saber el objeto de tan repetida observacion, le dijo un dia:

—Caballero, yo no tengo el gusto de conoceros.

—Ni yo á vos tampoco, le contestó Rubens.

—¿Por qué me mirais tanto?

—Os lo diré, amigo mio. Porque teneis una fisonomía expresiva; porque vuestra cabeza es una de aquellas que yo tomaria por modelo para mis mas privilegiadas concepciones.

—¿Sois pintor?

—Si señor.

—¿Quereis retratarme?

—No deseaba otra cosa, respondió Pedro Pablo con regocijo.

Un mes despues preguntaba el caballero el precio de su retrato, y Rubens le contestaba:

—El consentimiento de dejarme sacar una copia para llevarla conmigo.

—Concedido, amigo mio.

Y apretándole la mano, se alejó diciendo:

—Os pagaré.

Trascurrieron dos dias y entró en el aposento de Rubens este mismo caballero; el jóven pintor estaba dormido, pero despertó al ruido que hizo la puerta.

—¿Qué quereis? preguntó Rubens incorporándose.

—Tomad, le dijo el amigo.

Y le dió un pliego. Rubens rompió la nema y halló una credencial del duque de Mantua, en la que le concedía el honor de ser su pintor de cámara, al mismo tiempo que le daba el título de gentil-hombre.

—Esplicadme, caballero, exclamó Rubens.

—Somos compañeros, le dijo el amigo abrazándole dulcemente. Os he pagado conforme mereceis.

—¿Quién sois?

—Un gentil-hombre del duque; éste ha visto mi retrato, he hablado de vos, y el duque os quiere conocer.

—Si, pasaré á darle las gracias por tanta honra, y á vos otro abrazo por tan inesperado favor.

Se abrazaron otra vez. A las doce de aquel mismo dia, Rubens y el gentil-hombre entraban en el palacio del duque de Mantua.

Con su variada erudicion y con la finura de sus modales, conquistó el aprecio del duque, á punto de darle la honorífica comision de pasar á España para ofrecer al rey Felipe III

una magnífica carroza y un tiro de seis caballos napolitanos. A su regreso de esta misión pidió permiso al duque, y pasó á Roma para estudiar las obras maestras de los primeros pintores del mundo.

V.

LA CARTA INESPERADA.

El archiduque Alberto le mandó hacer tres cuadros para adornar la capilla de Santa Elena, y al cabo de algunos meses partió para Florencia donde el gran duque le dispuso la acogida mas satisfactoria, pidiéndole un retrato para colocarlo en la galería de los pintores célebres. En Florencia estudió las obras maestras de escultura antigua. Después de haber pintado algunos cuadros para el gran duque, se dirigió á Bolonia y seguidamente regresó á Venecia impulsado por la singular predilección que tenía hacia los coloristas de aquella escuela. Después de haber hecho graves y severos estudios en las galerías de esta ciudad, tornó á emprender el camino hacia Roma, y no bien hubo llegado á la ciudad eterna, cuando el papa le mandó pintar un cuadro para ponerlo en su oratorio de Monte-Cavallo. Los cardenales Chigi, Rospigliosi, el condestable Colonna, la princesa de Escalame y los hermanos del Oratorio imitaron el ejemplo del santo padre.

Aun no había visitado á Milan ni á Génova, y quiso pasar á estas dos poblaciones á fin de completar sus estudios. En Milan dibujó la *Cena de Leonardo*, y conocido con anticipación en Génova por sus famosas pinturas, fué colmado de honores por la nobleza. La belleza y benignidad del clima le decidieron á prolongar allí su residencia, durante la cual coleccionó los planos de los mas hermosos palacios que encierra, y los mandó grabar cuando regresó á Flandes.

Escribió Rubens á su madre, ponderándole la belleza del país que habitaba, y aconsejándole que pasase á él para hacerle compañía, cuando recibió una carta que abrió instantáneamente y leyó estas terribles palabras:

«Venid á Amberes volando si quereis recibir la última bendición de vuestra madre.

LA CONDESA DE LALAIN.»

Rubens rompió llorando la carta que estaba escribiendo, y se puso inmediatamente en camino con dirección á Amberes. Había mandado un criado delante para que se anticipara y anunciara su llegada; pero le faltarian dos leguas que andar para entrar en Amberes, cuando vió venir á su criado, triste y cubierto un luto riguroso.

—¡Mi madre ha espirado ya! exclamó Rubens dolorosamente; y apeándose del carruaje que le conducía, salió al encuentro de su criado, el cual confirmó con sus palabras el triste presentimiento del joven pintor.

Pedro Pablo, se separó del camino y penetró en lo mas profundo de un bosque sombrío; se quitó el chambergo, hincó la rodilla en tierra, y dirigió al Eterno una sentida plegaria por el alma de su difunta madre. Dos horas mas tarde, visitaba el cementerio de Amberes, y lloraba desconsolado delante de la tumba que encerraba los restos mortales de la que le dió el ser.

Se propuso en seguida levantar á su madre un magnífico mausoleo, cuyo epitafio compuso él mismo.

VI.

CONCLUSION.

En Amberes, fué Rubens colmado de continuos homenajes y singulares manifestaciones; preparábase ya á partir para Italia, cuando el archiduque y su esposa le llamaron á Bruselas, á cuyo llamamiento acudió al instante, y allí le concedieron una pensión y le dieron la llave de chambelan; sin embargo, obtuvo del príncipe el permiso de vivir en Amberes. Compró en esta capital una casa espaciosa, y reedificó parte de ella á la romana, formando al propio tiempo una colección de pinturas y de antigüedades, con lo que dió á su morada toda la apariencia de una residencial real. El año de 1610 contrajo esponsales con Isabel Braut, sobrina de la mujer de su hermano mayor, Felipe Rubens, secretario de la ciudad de Amberes, y el archiduque le concedió la extraordinaria honra de tener sobre la fuente bautismal su primer hijo, al cual le dió su nombre.

Rubens se contemplaba dichoso; la suerte le sonreía á cada paso: de manera, que unos elogios tan universales, y unas demostraciones tan espontáneas y sinceras, hacían impotentes las envidias de Abraham Jauseus y de Vincencas Zærberger, émulos suyos en el sublime arte de la pintura.

El archiduque le mandó pintar una *Sacra familia* para su oratorio, y admitido en la cofradía de San Ildefonso, ejecutó para la capilla de la orden una obra maestra en su género, esto es, una *virgen sobre un trono de oro, dando la casulla á San Ildefonso*, sin haber querido recibir de ella retribución alguna.

Después de haber enriquecido á su patria con innumerables producciones suyas, dió á conocer su talento en un género de trabajos, hacia el cual no le consideraban apto. Los jesuitas de Amberes, habían adquirido cierta cantidad de mármoles negros, blancos y jaspados, que habían cogido los españoles á un corsario argelino, y que iban destinados á la construcción de una mezquita; pero los jesuitas quisieron edificar con ellos una iglesia.

Rubens dió los planos del edificio y pintó treinta y seis cielos rasos. (1)

Maria de Médicis, puso los ojos en este pintor cuya reputación había llegado á ser europea, y en su consecuencia, le llamó á París el año de 1620. Luego que recibió las órdenes de la reina, partió para Amberes, y acabó en el espacio de veinte meses, veinte y cuatro composiciones, que contienen —bajo una forma alegórica— toda la historia de la reina: Maria le mandó pintar una serie igual acerca de la vida de Enrique IV: comenzó los bosquejos; mas estas obras no fueron terminadas, porque sobrevinieron nuevas reyertas entre la reina y su hijo.

Durante su residencia en París conoció al duque de Buckingham, favorito de Carlos I, quien le hizo presente los deseos que tenía de reanudar las relaciones y la amistad de las coronas de España y de Inglaterra, y le rogó que para este efecto desplegase toda su influencia cerca de la archiduquesa Isabel. De vuelta á Bruselas, obrando en un todo conforme á las órdenes de Isabel, sostuvo una correspondencia diplomática con el duque.

El año de 1626, tuvo el fatal sentimiento de perder á su

(1) Desgraciadamente un rayo devoró estas obras en 1718.

esposa, y á fin de distraer el pesar, resolvió recorrer la Holanda, y visitar los principales y mas célebres monumentos. Continuó su viage hasta el Haya, no atravesando una ciudad sin penetrar en los talleres y sin dejar en ellos testimonios de su extraordinaria generosidad. Pero es de suponer, que el verdadero objeto de su viage, fué sondear los estados generales del Haya, como Isabel se lo habia encargado.

Nuestro rey Felipe IV, informado de sus relaciones con Buckingham, le mandó llamar para conferenciar acerca de la reconciliación de las dos coronas. Partió con el consentimiento de Isabel, y llegó á Madrid en el mes de setiembre de 1627. Despues de varias entrevistas, en las que Felipe tuvo lugar de apreciar, —asi como el duque de Olivares,— los talentos y la penetración del embajador, Rubens fué nombrado secretario del consejo privado de Isabel. En fin, despues de diez y ocho meses de residencia en la corte de España, recibió sus instrucciones y sus credenciales para Lóndres, al mismo tiempo que una sortija enriquecida de diamantes, y seis caballos andaluces; pasó á Bruselas para confiar su misión á la archiduquesa, y desde este punto se embarcó para Inglaterra.

Buckingham habia fallecido; pero tuvo la destreza de relacionarse con el canciller y logró lo que solicitaba, puesto que no trascurrió mucho tiempo sin que el rey deseara verle. Le interrogó acerca de los motivos de su viage, y le mandó hacer su retrato: mientras que le retrataba hablaron largamente respecto á las dificultades que separaban las dos coronas, y Rubens entonces, se esplicó con mas claridad, y le trasmitió sus instrucciones: al cabo de dos meses de negociaciones se

entablaron las bases del tratado de paz. El rey de la Gran Bretaña, para atestiguarle su reconocimiento, le hizo caballero, y ennobleció mas sus armas, añadiendo á ellas un cuartel con un león, y en pleno parlamento sacó la espada y se la dió á Rubens; le regaló ademas el diamante que llevaba en su sortija, y una banda, tambien esmaltada de diamantes. Regresó Rubens á España donde fué nombrado gentil-hombre de cámara del rey, y secretario del consejo de estado de los Países Bajos, y por último volvió colmado de bienes y de honores á Amberes, donde se casó con Elena Forment, célebre por sus riquezas, por su nacimiento y su hermosura.

Dedicóse á su pintura, y durante un largo periodo, no la abandonó mas que una vez á invitación de la archiduquesa, que le dió una misión secreta cerca de los estados de Holanda. Mientras la desempeñaba, supo que habia muerto su protectora la condesa de Lalain.

Por los años de 1634 experimentó violentos ataques de gota, que se fueron aumentando en términos, que durante los dos últimos años de su vida, no podia ya sostener el pincel. Falleció el día 30 de mayo de 1640. Su viuda le hizo levantar un mausoleo en la iglesia de San Jacobo en Amberes, en cuya capilla existe un cuadro maravilloso por su efecto, del cual presentamos una copia al principio de este artículo.

Sus compatriotas y admiradores elevaron una estatua á su memoria en Amberes, la cual reproducimos tambien en nuestro periódico, asi como el relieve del pedestal en que está la escena que representa á Carlos I de Inglaterra dando á Rubens la espada de caballero.

I. A. B.

GEOGRAFIA PINTORESCA UNIVERSAL.



ALEMANIA.—Vista de Inspruck.

GLORIAS DE ESPAÑA.



Acercándose la cierva á Sertorio parecia que le hablaba al oído.

SERTORIO.

I.

Siempre con mas valor que fortuna habianse levantado los españoles contra la dominacion de los romanos sus opre-
TOMO VIII.

tores; pero ni estas insurrecciones parciales habian servido para mitigar la odiosa dominacion, ni tampoco los fieros y belicosos pueblos de la Peninsula, habian perdido, á pesar de sus desgracias y sus derrotas, el noble sentimiento de su dignidad y su independendencia. Precisamente cuando la exas-

peracion llegaba á su colmo, cuando escandalizaban al mundo las arbitrariedades y proscripciones del cónsul Sila, cuando mas deseaban los españoles encontrar un vengador de sus ultrajados derechos, presentóse en la Península Quinto Sertorio, tribuno militar en los ejércitos de Roma y dotado de todas las cualidades físicas y los talentos que constituyen un gran guerrero. Habia peleado con Mario contra los cimbros, habia sido quæstor en la Galia, habia sido pretor en España y se habia hecho tan temible al sanguinario Sila, que éste le habia incluido en sus famosas tablas de proscripcion, en las que figuraban, sin mas delito, todos cuantos vituperaban altamente su conducta. Sertorio á vista de la muerte que le amenazaba, huyó á España con el designio de formarse un partido con que libertar á su patria de la esclavitud: designio que luego por interés y gratitud se convirtió en el de asegurar la independencia y la felicidad de los nobles pueblos de la Península.

En el año 78 antes de J. C. fué cuando Sertorio empezó á organizar su partido, primero con los romanos descontentos que con él habian pasado á España, y despues con los naturales que á porfia iban aumentando sus filas. Pero de todos modos, las fuerzas eran escasas para los intentos y harto temeraria la empresa de contrarestar el poder de Roma. Sertorio que no participaba de este desaliento y que conocia muy bien de lo que su hueste era capaz, supo demostrárselo y reanimar su valor por este ingenioso medio.

Mandó traer delante de las filas dos caballos: el uno viejo, flaco y desfallecido, y el otro jóven, gordo, vigoroso y notable por su cola poblada de undosas crines. Junto al caballo débil puso al hombre mas forzudo del ejército, y junto al caballo arrogante al hombrecillo mas ruin y desfallecido que pudo encontrar: dió á éste la orden de que fuese arrancando una á una las cerdas de su caballo, y al atleta encargó que procurase en el suyo arrancarlas de una vez. El hombrecillo, sin esfuerzo ninguno, bien pronto dejó pelada la cola del caballo, mientras que el forzudo soldado hubo de renunciar á su empresa como imposible, despues de inauditos esfuerzos que escitaron la risa de los espectadores; Sertorio entonces habló así.

—Aliados míos, ya veis los efectos de la union y podeis conocer lo que podrán resistir pocos hombres, pero unidos, cuando así resisten las sutiles cerdas de un caballo. Ved tambien que la constancia es mas eficaz que la fuerza, y que se consigue sin trabajo, poco á poco, aquello que á primera vista juzgamos imposible de conseguir. No os dejeis, por tanto, abatir, y estad seguros de que permaneciendo unidos, vuestra constancia os hará al fin triunfar.

II.

Las primeras campañas de Sertorio fueron coronadas del éxito mas feliz, y sus encuentros con los romanos fueron otros tantos triunfos. Cuatro batallas seguidas les ganó, concitando á la vez contra ellos á los piratas de Cilicia y haciéndose tambien caudillo de los lusitanos que á ejemplo de los iberos quisieron tener á Sertorio por su general, enviándole una embajada para este objeto y para que viniese á defenderlos del pretor Didio, ministro de Sila.

El acrecentamiento de reputacion y el inmenso poder que estos sucesos proporcionaron á Sertorio y la imponente decision de los españoles que se le habian reunido, inquietaron de tal modo al consul Sila, que envió prontamente á España á Perpenna con algunos refuerzos y con orden de que se destruyese á toda costa la autoridad de Sertorio; pero las tropas de Perpenna se rebelaron, se unieron al partido de los españoles y obligaron á seguir este movimiento á su mismo orgulloso gefe. Entonces Sila conoció que habia que hacer el último esfuerzo y envió un poderoso ejército á las órdenes de Metelo. Ya Sertorio no se limitaba á atacar á los romanos en campo abierto, sino que se iba apoderando de las ciudades y plazas fuertes, entre ellas la de Contrebia. Sorprendido en la de Castulo tuvo suficiente presencia de ánimo para sacar sus tropas de la ciudad, rehacerlas prontamente, y aprovechando la circunstancia de haberse los enemigos olvidado de cerrar una puerta, penetra por ella con su hueste y los pasa á cuchillo sin piedad, cuando ya se regocijaban con el triunfo. No contento con esto, y conociendo el partido que puede sacar de aquella victoria, manda á sus soldados que tomen las insignias y armas de los vencidos y se dirige á Grisæne de donde estos habian salido. Los moradores de la ciudad engañados en la oscuridad de la noche por las armas y trages que logran reconocer, creen que son sus amigos y conciudadanos que vuelven victoriosos y salen prontamente á recibirlos; pero se encontraron con los fieros soldados de Sertorio, que sacrificaron al que no quiso rendirse á discrecion.

Metelo, antes de encontrar á Sertorio, tuvo la suerte de arrollar y derrotar al destacamento de sus tropas que mandaba Perpenna. Sertorio, sabedor de esta derrota, puso el mayor esmero en ocultársela á sus tropas: reunió apresuradamente las que le quedaban y con ellas salió al encuentro de Metelo. Dióse la batalla, y la victoria indecisa por bastante tiempo parecia inclinarse al lado de los romanos, cuando advirtiéndolo Sertorio, picó espuelas á su caballo y se arrojó en medio de las filas que empezaban á desordenarse.

—¿Son estos los españoles, decia, que han jurado defenderme hasta la muerte? Id, volveos á vuestras casas, que por lo que hace á mí, ya sé como he de morir.

Reuniendo el ejemplo á las palabras, rompe por medio de los enemigos con airado semblante, bien embrizado el escudo y llevando en alto la espada. El arrojo y las palabras de Sertorio inflaman á sus soldados, que no queriendo quedarse detrás de su gefe, se lanzan con nuevo vigor sobre los contrarios, los arrollan, los ponen en fuga y por otra vez mas, Sertorio queda triunfante.

III.

Mucho anhelaba Sertorio corresponder al afecto de los españoles, dispensándoles los beneficios de la civilizacion romana que tan fácil era de promover en la Península. Por eso luego que hubo vencido á los romanos y á sus mas hábiles generales, y así que tuvo consolidada su autoridad en la Iberia y en la Lusitania, aprovechó las ventajas de la paz, para promover todas las empresas útiles. El cuidaba de la explotacion de las minas y de la fabricacion de las armas; él edificó los muros de Evora y el templo y acueducto que la embellecen; restauró á Osca, hoy Huesca, y fundó la célebre universidad en que la juventud española empezó á manifestar de lo que era capaz, y él dió leyes que prueban sabia mejor que otro ninguno conocer á los españoles, que llegaron á bendecir su nombre.

El gran designio de Sertorio y el que tuvo la fortuna de ejecutar, fué el fundar y consolidar en la Península un gobierno semejante al de Roma, pero independiente de ella. Formó un senado español en el que presidió como primer cónsul, y en este senado fué donde recibió á los embajadores de Mitridates, rey de Ponto. Se habia divulgado de tal manera la fama de Sertorio y sus proezas, que Mitridates, que ansiaba dominar en el Asia conforme ya lo hacia en Europa, á espensas de los romanos, creyó que Sertorio era un buen aliado contra ellos y le prometió naves y dinero con tal que le auxiliase en sus empresas y distrajese la atencion del enemigo comun.

Como los embajadores asegurasen en pleno senado que su señor se limitaria á recobrar las provincias que le habian sido usurpadas por el cónsul Sila, iban ya á ser aceptadas sus proposiciones, cuando levantándose Sertorio, exclamó:

—Consiento que Mitridates recobre la Capadocia y la Bitinia, que forman parte de la herencia de sus antepasados, porque esto es justo; pero que se apodere del Asia, usurpada en otro tiempo por él y cedida á los romanos por un tratado formal, esto es lo que no consentiré jamás.

Como todos manifestasen extrañeza por esta conducta, continuó:

—Yo no hago la guerra á mi patria, sino á los tiranos que la oprimen. El proteger á la España no me hará olvidar los derechos de Roma, pues su gloria, y no su ruina, es lo que yo deseo.

Noble respuesta en la situacion en que entonces se hallaba Sertorio, y que prueba que su resentimiento no lograba anteponerse á los impulsos de su patriotismo y conducta por todos títulos digna del esclarecido varon de quien dice Salustio que «una templanza rara le hacia recomendable entre todos los generales romanos, á los cuales en nada cedía por lo respectivo á conocimientos militares. Intrépido en los peligros, moderado en la victoria, nunca se abandonaba al desaliento que infunde el infortunio, ni á la falsa seguridad que inspira la victoria. En la accion tenia aquella mirada de águila que sabe aprovechar el momento decisivo de obrar, y escoger la estratagema con que se puede engañar al enemigo.»

IV.

Diestro Sertorio en el arte de gobernar y conociendo la influencia que el sentimiento religioso ejercia en los españoles, supo tambien sobre él y aun sobre la supersticion, afianzar su poder. Tenia una cierva blanca como la nieve y tan domesticada que le seguia á todas partes y acercándose á él parecia que le hablaba al oido. Era regalo que le habia hecho un cazador lusitano; pero Sertorio hacia creer á los pueblos que aquel bonito animal era un presente de Diana, que le instruía de la voluntad de la diosa y que con sobrenatural conocimiento le participaba los sucesos futuros. Esta cierva fué la que salvó á Sertorio de un gran peligro.

Hasta entonces, los generales romanos que habian venido á medir sus armas con el gefe de los españoles, eran muy inferiores á él en habilidad y talentos militares; pero habia encontrado al fin un digno rival suyo en la persona de Pompeyo que habia pasado á España con un cuerpo de ejército para reunirse al que acaudillaba Metelo. Deseoso Sertorio de evitar la union de estos dos ejércitos de la que

podiera tal vez provenir su ruina, hubo de colocarse en una posicion dificultosa de la que no era posible evadirse sino por medio de una prudente retirada: verificarla y sin que los soldados notasen el peligro en que se hallaban, era el problema que Sertorio tenia que resolver y que resolvió con el auxilio de su cierva. Desapareció el fiel animal de su lado y el general en la mayor consternacion interpretó este acaecimiento como un efecto de la cólera de Diana, diciendo:

—Mi cierva favorita ha huido y con ella nos falta el favor que nos prestaba la sacra Diana, irritada por la pusilaninidad de algunos de mis soldados. La cierva ha huido y esta es una señal evidente de que debemos tambien retirarnos no contando con el amparo de la diosa.

Hízose la retirada, y despues que las tropas llegaron á seguros cuarteles, y cuando Sertorio estuvo libre de peligro, aguardó á una ocasion favorable para salir á campaña. Luego que la suerte se la deparó, anunció á sus tropas convenia ofrecer un sacrificio á Diana para aplacar su cólera. Verificóse la ceremonia con toda ostentacion, y cuando la odorífera llama se elevaba en el altar, apareció de improviso la cierva que atravesando y saltando por entre todos, fué á colmar de caricias á Sertorio, tomando con él la misma actitud que antes solia.

El astuto caudillo levanta en sus brazos al inteligente animal, le acaricia enternecido, dirige al cielo miradas de gratitud, y en presencia de todo el ejército exclama:

—Ya la diosa Diana está aplacada, ya nos devuelve su celestial favor, ¡Volemos al combate!

El resultado no podia ser dudoso: Sertorio condujo en seguida sus tropas al combate, y este fué un triunfo seguro en aquellos momentos de regocijo y entusiasmo.

V.

Convencido ya Metelo de que era imposible vencer á Sertorio por medio de las armas, no temió mancillar su nombre con el delito de traicion, con tal de deshacerse de su aborrecido enemigo. No era la primera vez esta en que los romanos intentaban tan vil medio contra los esclarecidos gefes de la Península; pero en esta ocasion la enorme recompensa de cien talentos de plata y estensas posesiones que Metelo habia prometido al que quitase la vida á Sertorio, no pudo hallar acogida en los españoles, siempre leales y siempre esclavos de su palabra. Militaba empero bajo las banderas de Sertorio un hombre á quien mal de su grado habian hecho incorporar en ellas, y este hombre de origen romano, Perpenna en fin, aceptó la vil propuesta de Metelo y poseido de envidia se encargó de asesinar á su gefe, satisfaciendo su antiguo despecho. Ejecutar tal crimen no era empresa fácil mientras Sertorio estuviese rodeado de su guardia de españoles, que habian jurado serle fieles en vida, y aun despues de muerto, y que habian sabido ya en una peligrosa retirada, en que Sertorio fué cortado por los enemigos, salvarle del peligro llevándole en hombros de unos en otros hasta hallar refugio en la ciudad, quedando ellos en sus puestos para entretener al enemigo y morir hasta el último, mientras su gefe no estuviese en salvo.

El cobarde Perpenna que ambicionaba el puesto de Sertorio, creyó que el instante mas favorable para efectuar su crimen era el de abandono y alegría de un convite y en medio de él, y separado de su guardia, sorprendió al gefe de los

españoles. Levantóse él despavorido al aparecer los conjurados y queriendo defenderse de ellos fué replegándose á la pared del salon, ya que huir no era fácil, puesto que las puertas estaban tomadas. Dirigiendo á todas partes sus miradas de ansiedad, clamaba:

—¿Dónde, donde están mis españoles?

—En vano los llamas: han sido apartados de aqui, le contestó Perpenna, el primero que se precipitó á darle el golpe mortal.

—¡Ah! exclamó tristemente Sertorio, ahora lo comprendo todo: sé que es forzoso morir.

No pudo Perpenna gozar el fruto de su traicion, pues fué

cogido y muerto á poco tiempo en una emboscada que le armó Pompeyo. Tocante á los españoles de la guardia de Sertorio, llenos de pena por la pérdida de su gefe y de despecho por habersele dejado arrebatar, confirmaron su lealtad de un modo bien notable: la historia dice que muchos se dieron muerte para no sobrevivir á su querido gefe. Esta admirable prueba de afecto, se halla tambien atestiguada por la inscripcion puesta sobre la tumba de aquellos fieles soldados y en la que se grabaron estas palabras: *vosotros, los que esto leais, aprended á ser fieles.*

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS DE VIAGES.



Indios de viage.

LOS INDIOS DEL SENEGAL.

Carácter de los indios.—Vicios importados por los europeos.—Belleza física.—Color.—Fisonomía.—Pintura del rostro.—Tocado de las mugeres.—Trages.—Afición á los vestidos europeos.—Armas.—Las indias.—Aldea indiana.—Casas.—Aventura.—Piraguas.—Alimento.—Cocina.—Bebidas.—Vidriado.—Cestería.—Música.—Comida.—Baile.—Colores.—Danza de los pájaros.—Matrimonios.—Condiciones de las mugeres.—Nacimiento.—Educación.—Médicos.—Hechiceros.—Farmacopea.—Religion.—Tamaraca.—Espíritus maléficos.—Ayunos.—Espíritus protectores.—Sepulturas.—Maravillosa perfección de los sentidos.

En Europa se ha formado generalmente una idea muy inexacta de los indios, sin tener en cuenta lo pasado para lo mas mínimo. Atribúyese al fondo de su carácter lo que la mayor parte de las veces ha sido únicamente efecto de represalias, y se olvida que la barbarie con que fueron tratados, cuando el descubrimiento de la América y con posterior-

ridad, ha hecho que su venganza sea con frecuencia sangrienta y terrible. En mi concepto no se comprenden ni se espican mas que por lo pasado. Lo que se mira en ellos como perfidia y crueldad, no es en su esencia mas que el fru-

to de los recuerdos de las crueldades ejercidas contra ellos mismos. Estos recuerdos han concluido por formar parte de su sangre.

El indio es naturalmente tímido, desconfiado y astuto.



Un indio y una india.

Obligado á estar siempre en guardia y en un estado de defensa, contra los nuevos huéspedes que no cesaban de atacarle como enemigos, y que siendo el hombre libre de las selvas, le llevaban la esclavitud y la muerte, se vió obligado á oponer la destreza, á la fuerza, y algunas veces la deses-

peracion á la violencia. Mas cuando las circunstancias esteriore no le apremian á salir de su carácter primitivo, se encuentra en él dulzura y buena fé: es realmente el hijo de la naturaleza. Sin embargo, no puede menos de convenirse en que ha perdido algo de su primitiva sencillez. Los europeos

le han hecho conocer nuevas necesidades, y escitado en él gustos que antes le eran desconocidos. Bastábale lo necesario en sus bosques, cuya riqueza proveía ámpliamente á sus deseos, y poco á poco lo superfluo ha llegado á ser para él una necesidad indispensable. Los vicios de las naciones civilizadas se han reunido á los de los pueblos salvajes. Estos dos elementos de destruccion moral han contribuido casi tanto como la opresion á bastardear su naturaleza primitiva, tan franca y tan generosa. Asi es, que los indios en otro tiempo tan numerosos y temibles, desaparecerán por grados, y concluirán por no formar mas que un sólo cuerpo de nacion con los colonos. Esta fusion será sin duda lenta, pero me parece infalible, porque es producto de la fuerza misma de las cosas; es decir, que pertenece á la industria, al comercio y la civilizacion. Los indios ó caribes que habitan en Surinam y paises circunvecinos, son por lo general bien formados y proporcionados, sanos, fuertes, vigorosos, no presentan defectos corporales, escepto en casos de accidentes, es muy raro encontrar entre ellos corcobados ni cojos. Su color es por lo general atezado un poco cobrizo; sin embargo, al tiempo de nacer son tan blancos como los europeos: pero aquella blancura desaparece al cabo de algunos dias, para ser reemplazada por la tez cobrizo que es natural á su raza. Por lo comun hay entre los indios de las diversas tribus una grande conformidad de facciones.

Los hombres son generalmente de carácter bondadoso, y puede obtenerse todo de ellos con la dulzura, caricias, y sobre todo bebidas fuertes: pero su embriaguez es casi tan temible como su cólera. Son crueles en sus excesos como lo son en sus venganzas. Las facciones de su rostro son bastante agradables, y esto se observa principalmente en los jóvenes, aunque se descubre en ellas cierto fondo de melancolía, que proviene del embrutecimiento y del exceso de bebidas fuertes á que se entregan con un ardor casi increíble.

Tienen la frente aplanada y hundida, los ojos negros y pequeños, y los dientes muy hermosos, los cuales conservan hasta una edad avanzada. Jamás se ven atacados de esos males de boca, tan comunes en Europa. Sus cabellos cortos y negros, no se encanecen hasta la vejez. Pintanse generalmente el rostro con rayas negras y encarnadas: las primeras con jugo de janipaba, y las segundas con achiote. Su color favorito, como el de todos los pueblos salvajes, es el encarnado. Fróntanse con él los cabellos, la cabeza, el cuello, los hombros, y algunas veces otras partes del cuerpo. Mirándolos á cierta distancia, se creerian que estaban llenos de heridas: muchos se los aplican tambien hasta la mitad de las piernas, lo cual hace el efecto de unos borceguies.

La naturaleza los ha hecho barbilampiños, pero en cuanto les asoma el bozo, se le arrancan con una especie de pinzas hechas con conchas.

Hay mugeres que para adornarse se agujerean el labio inferior, y atraviesan por él una espina ó un hueso y hasta un pedacito de madera, del cual cuelgan unas cuentecitas de vidrio. Otras se agujerean la nariz y cuelgan en ella una chapita de oro, plata ó cobre que les cae sobre los labios. Los indios me han asegurado que en su pais se encuentra plata. Los hombres se sirven de este metal para adornarse los oidos: horádanse las orejas é introducen en ellas poco á poco y por intervalos, pedazos de plata de dos ó tres pulgadas de largo. Sin embargo, suelen usar con mas frecuencia de madera ó de un hueso de alguno de sus enemigos; mu-

chas veces no se adornan de este modo mas que una oreja.

En la cabeza llevan una especie de gorros formados con plumas; otras veces se contentan con plumas de varios colores; por último, algunos se rodean á la cabeza un pedazo de piel de tigre, pero la mayor parte no llevan nada.

El modo de vestirse los indios es muy sencillo, y por mejor decir no llevan ningun vestido. Cuando se les habla de su desnudez y se aparenta reprendérsela, contestan que habiendo venido desnudos al mundo, es una locura el contrariar la voluntad de la naturaleza, y cubrir lo que ella ha dejado descubierto.

Esto me recuerda la respuesta de un gefe indio que habian vestido á la europea y que hicieron prisionero los españoles. Preguntándole el general quien era,

—Haz que me quiten este vestido, dijo el indio, para que yo me reconozca.

Los hombres llevan atada á las caderas una cuerda ó correa de color oscuro, y muchas veces encarnada, que los sirve para colocar el cuchillo. Sobre las piernas les cae un pedazo de tela de algodón encarnada ó azul, de media vara de ancho, y de cuatro ó cinco de largo. La pasan por entre los muslos, y las dos estremidades, que dejan colgar una por delante y otra por detras, ondean á merced del viento, y algunas veces suelen colocárselas por encima de los hombros.

Nada hay tan ridiculo como ver llegar al fuerte de los europeos ó á casa de cualquiera autoridad de la colonia, un gefe ó capitán indio, con un casacon galoneado, sin camisa ni calzones, un sombrero redondo con galon, y en la mano un baston semejante al que usan los tambores mayores. Toda la tribu les sigue á cierta distancia, y las mugeres y niños cierran la marcha.

El gefe es ordinariamente un anciano, y el guerrero mas hábil de la tribu; se hace obedecer con una seña, y sus palabras las miran todos los suyos como oráculos.

Sus armas son arcos que tienen por lo comun de cinco á seis pies de longitud y de una madera llamada *eterhouc*: sin embargo, los hay tambien de menores dimensiones. Los niños los hacen para jugar y adiestrarse en su manejo; su longitud es de unas diez y ocho pulgadas, y regularmente son de junco. Las flechas tienen de tres á tres pies y medio de largo, y son de junco ó de madera de palmera. A unas seis pulgadas de su estremidad las adornan con plumas de papagayo; las puntas de hierro ó de espinas de pescado, están trabajadas con mucho arte. Otras flechas les sirven para tirar al pescado cuando no está mas que á dos ó tres pies de profundidad debajo del agua. Las que usan contra sus enemigos están envenenadas con el zumo del árbol llamado manzanillo.

Los indios se sirven tambien de lanzas ó picas que manejan con extraordinaria destreza. Hacen cerbatanas con junco de nueve á diez pies de largo; la flechilla delgada que colocan en una de sus estremidades está envuelta en algodón; la arrojan de este modo á la distancia de ciento treinta pasos, con solo el impulso de su soplo, y con bastante fuerza para matar animales pequeños, pájaros ó cuadrúpedos.

Tienen ademas diferentes especies de mazas hechas con una madera dura y negra; unas son redondas y de dos ó tres pies de largo; otras son planas, casi en forma de sables, y su estremidad se halla adornada con plumas. Las hacen tambien cuadradas y con solo un pie ó pie y medio de longitud.

Todas estas armas, como las hondas y cuchillos de caza,

son muy mortíferas en sus manos, sobre todo en los momentos de cólera ó en sus combates.

Hasta la llegada de los europeos, los indios no han conocido el uso del fusil, del sable y del hacha. Manejan el primero como los negros, apoyando la culata en la cadera derecha.

Las mugeres indias son generalmente mas pequeñas que los hombres, pero muy bien formadas, especialmente las jóvenes que suelen estar ya un poco gruesas. Tienen la voz y el carácter dulce, la cara redonda, la frente llana, los dientes en extremo blancos, la boca pequeña y los ojos negros; los cabellos son del mismo color y muy largos. Forman con ellos una trenza y se los atan por detrás con una especie de broche; algunas veces los llevan tambien como las chinas. Se ponen en las orejas unas planchitas de plata que llaman *oupellets*. Algunas veces llevan tambien chapitas pendientes de la nariz, como los hombres, ó espinas muy gruesas con que se agujerean el labio inferior. En el cuello se ponen collares de vidrio ó de coral, á los que suelen añadir dientes de animales ó los de un enemigo vencido por su marido. En los brazos, y por encima del codo, colocan tiras de una tela blanca en forma de brazaletes. Las mugeres que habitan en la parte alta del pais, llevan desde su infancia un tejido de cuerdecitas en la parte inferior y superior de la pierna; se le aprietan mucho para tener buena pautorrilla y la pierna bien hecha. Son muy coquetas y las agradan mucho las palabras *mooi y krien* (hermosa y bonita). Unicamente incomoda el que para parecer bellas se pintan con achiote la cara y otras partes del cuerpo.

Las indias llevan generalmente ceñida á los riñones una especie de faja de tela, á que unen un pedazo de otra encarnada ó azul oscuro casi negro y teñida con el jugo del jani-paba. En ciertas tribus vecinas las hay que usan una camisola adornada con listas de diferentes colores: otras visten un *chony*, especie de bata sin mangas. Las que usan este traje son principalmente las que habitan hácia el Perú, ó en las orillas del rio de las Amazonas. Las llaman *arouacas*.

Una aldea india se compone por lo comun de treinta individuos, tanto hombres como mugeres, y están sujetos á un jefe ó capitan llamado en su lengua *granman*. Construyen sus casas ó cabañas de una manera muy económica: se componen de algunos pies de madera aborquillados y clavados en la tierra. El techo está cubierto con ramas y hojas de palmera, sobre las cuales colocan otras hojas de junco y de bananos, tan bien unidas, que el agua no las puede penetrar. Estas cabañas no tienen ni puertas ni ventanas: su espacio es proporcionado al número de individuos que deben habitarlas.

Los indios por lo general no tienen residencia fija: tan pronto habitan en los bosques, las costas ó las orillas de los rios, como en las plantaciones. Cuando tratan de mudar de domicilio eligen un sitio, y todos trabajan en allanarle para construir en él sus cabañas. Hecho esto, preparan alrededor el terreno necesario para el cultivo, y siembran en él yuca, bananos y maiz ó trigo de Turquía, pero jamás, si no lo que absolutamente les es indispensable para su consumo, porque no conocen ninguna necesidad mas que las que realmente lo son para la vida.

Un día fui á visitar una aldea con un francés llamado Mr. Noble de Noribo, y mientras mi compañero cazaba, me puse á dibujar. La presencia de una joven india llamó fuertemente mi atencion y traté de reproducir su retrato en mi cartera: en cuanto me descubrió, se acercó á mí. Entonces la

ofreci un collar de perlas, que miró con cierta indiferencia y que no quiso admitir; porque en aquella nacion, ninguna joven puede aceptar regalo alguno, por insignificante que sea, sino del hombre que desea tener por marido. Me preguntó si tenia muger é hijos y la contesté que no. Al oir aquella negativa que pareció extrañarla mucho, fué á buscar un anciano que estaba allí inmediato, y volvió con él y otras muchas mugeres y niños, para ver lo que yo hacia: el anciano me alargó francamente la mano y me abrazó. Le enseñé mis dibujos, pero cuando vió entre ellos el retrato de un indio de una tribu enemiga suya, sus facciones se alteraron de repente y con ademán irritado pronunció estas palabras: *malvado esclavo*. Para calmar la cólera del viejo, di yo mismo golpes sobre el dibujo, repitiendo *malvado esclavo*, y al momento recobró su semblante la serenidad. Distribuí algunos collares que fueron recibidos con indiferencia, y continué retratando á la joven india, que se prestó á permanecer enfrente de mí con la mayor complacencia. Les di un poco de licor que bebieron á mi salud: la joven india me trajo un pedazo de pan de cazabe, y despues de estrecharla cordialmente la mano marché á otra aldea. A pesar de la desconfianza tan natural que se observa en estos pueblos poseen una finura de instinto tan increíble, que les hace adivinar las intenciones de los que van á visitarlos. Cuando ven que os presentais entre ellos sin espíritu de hostilidad ó de espionaje, podeis estar seguro de recibir siempre la mas franca hospitalidad y la acogida mas fraternal.

La caza y la pesca son una de las ocupaciones habituales de los indios. Cuando van á ella sus mugeres tienen que seguirles cargadas con las provisiones necesarias: ademas tienen que ir á recoger los animales que matan los cazadores y llevarlos á la cabaña. Yo ví un día á una india joven é interesante, que volvía de caza con su marido; éste no llevaba mas que su arco y sus flechas, mientras que la muger marchaba detrás de él, encorvada con el peso de un grande haz de bananas, de un niño á que daba el pecho y de una calabaza llena de agua ú otro liquido: ademas llevaba en el brazo una cesta con caza ó pescado.

Cuando los indios van á la pesca, se sirven de canoas ó piraguas de nueve á diez pies de largo, y cuatro de ancho. Estas embarcaciones se componen de una sola pieza y consisten en un tronco de árbol ahuecado. Sus grandes piraguas se componen por lo regular de nueve tablas atadas con cuerdas con sumo arte: algunas tienen de veinte á treinta pies de largo, y unas velas cuadradas: las usan para sus escursiones por mar, ya con remo, ya con vela. Constantemente conservan en ellas fuego, y las mugeres son las encargadas de él.

Cuando vuelven los indios de la caza ó de la pesca, no procuran mas que el reposo, que forma su principal delicia, y se echan en sus hamacas ó en el suelo, mientras que las mugeres, que están muy distantes de ser tan perezosas como los hombres, y sobre las que pesan todas las faenas, por decirlo así, domésticas, se ocupan en preparar la comida.

El principal alimento de estos pueblos consiste en caza, pescado fresco ó ahumado, langostas de mar, tortugas, patatas, maiz y cazabe, de que hacen pan y una bebida. Su modo de guisar es muy sencillo y natural: las especias tan nocivas en Europa, les son desconocidas. La carne y el pescado, ó le cuecen ó le asan, para esto último se sirven de tres ó cuatro pedazos de madera, con los cuales forman una especie de parrillas que colocan sobre las ascuas, á una altura de cerca

de dos pies. La carne se va secando poco á poco, y adquiere un sabor á humo que no les desagrada ni incomoda. Rara vez usan sal, pero por otra parte hacen gran consumo de guindillas.

La cabaña de un indio no tiene mas muebles que los absolutamente necesarios, el principal es una hamaca de cinco á seis pies de largo por diez ó doce de ancho, cuyas dos estremidades están fijas por mas de cincuenta bramantes, y una cuerda muy larga á cada punta para colgarla, ó bien á dos de los postes que sostienen la cabaña, ó á algunos árboles en el bosque.

Ordinariamente, y con particularidad en las selvas, las mugeres están encargadas de mantener continuamente debajo de las hamacas fuego, con el doble objeto de ahuyentar los animales feroces, y hacer que desaparezcan los mosquitos y otros insectos que pudieran incomodar. Sus utensilios de cocina consisten en calabazas, cazuelas y platos que fabrican las mugeres: para esto se sirven de la ceniza de un árbol llamado en el pais *kivepie*: la pulverizan todavia mas en un mortero de madera, la pasan por tamiz, la dan en seguida la forma, la ponen al aire, la colocan en el horno, y luego la barnizan. Hacen piezas que pueden contener hasta cinco ó seis azumbres, y el agua se conserva alli tan fresca, como si saliese de una nevera.

Las mugeres hacen tambien gran cantidad de cestas para guardar todos los chismes de cocina. En los postes ó pies derechos que sostienen la cabaña se ven colgados arcos, flechas, fusiles, hachas y picas.

Los instrumentos músicos de los indios consisten principalmente en flautas, en una especie de trompetas, y en tambores hechos de un tronco de árbol serrado, agujereado, y con una piel de tigre en la estremidad.

No conocen el uso de las sillas; sin embargo, algunas veces se sientan en un pedazo de madera cuadrado para comer y beber, pero con mas frecuencia se tienden boca abajo apoyados en los codos. Colocan su calabaza delante de ellos, y comen con los dedos, hacen sus comidas solos, y en cuanto concluyen van á tenderse á su hamaca, y entonces se ponen á comer sus mugeres é hijos. No tienen hora fija para comer, y solo lo hacen cuando sienten el hambre.

Su diversion habitual consiste en una danza que llaman *chaoín*, y que ofrece mas bien el espectáculo de la embriaguez y del delirio, que de un verdadero baile. Es imposible imaginarse cosa mas desordenada y mas salvaje. Los movimientos son los mas bruscos y vivos, y las contorsiones, las mas fuertes y animadas que pueden concebirse. Creerías que aquellos cuerpos iban á romperse, que los miembros se dislocaban, y los músculos iban á saltar como una cuerda en las actitudes violentas y forzadas que toman alternativamente. Cuesta mucho trabajo seguirlos con la vista, y enterarse de las diversas posturas que presentan. Esta danza frenética tiene para ellos tan grande atractivo, que siempre que les es posible, se entregan á ella: cualquier cosa les sirve de pretexto para el *chaoín*. Los bailarines comienzan agarrándose por parejas: se bajan y levantan alternativamente con la mayor rapidez: dan vueltas, se dirigen á la derecha, á la izquierda, se juntan y se separan. Muchas veces no puede comprenderse como la estructura anatómica se presta á unos movimientos tan violentos. Los hombres se dan la mano, y formando círculo, colocan á las mugeres en medio, y giran en derredor suyo como un remolino. Este tumulto, que siem-

pre va acompañado de cánticos y palabras sin enlace ni medida, dura algunas veces noches y dias enteros. Con frecuencia suele interrumpirse de repente, para prestar atención á algun narrador que refiere la historia de la vida y hazañas de los antepasados de la tribu, ó bien su historia propia, rasgos de su familia, ó cosas relativas á sus disensiones personales. Hace la enumeracion de los cráneos rotos, los enemigos postrados á sus pies, y las encarnizadas luchas que habia sostenido. Los dramas mas sangrientos, las escenas mas terribles, tienen alli su historiador. Despues se entregan á todo género de locuras: el orador dice cuanto le viene á las mientes, y cree puede contribuir á aumentar el placer de la fiesta y el regocijo de los concurrentes.

A todo aquel ruido, se une el de muchos instrumentos que se asemejan á flautas, y que están hechos con un pedazo de junco con uno ó mas agujeros, en el cual soplan con mas ó menos fuerza: esta música es acompañada á intervalos por un tambor, y el agudo sonido de una especie de trompeta, hecha con un junco de cinco á seis pies de largo, con un remate de asta de buey.

Toda aquella mezcla de cantares, gritos é instrumentos, forma un conjunto que no tiene nada de alegre, y que se aviene bastante bien con la figura y el aire de los bailarines.

Con frecuencia se paran en medio de la danza y de sus estrepitosas exclamaciones, para beber chicha que les sirven las mugeres. Los que la embriaguez ha dejado caer, y los que apenas pueden moverse no dejan por eso completamente la fiesta, porque despues de haber dormido en el suelo, y en cualquier sitio, limpio ó sucio, que encuentran al paso, vuelven á ocupar su puesto en el baile y le comienzan con nuevo furor.

En estas especies de encuentros es donde se renuevan las disputas, y procuran vengarse de sus enemigos. En fin, es raro que aquellas diversiones concluyan sin luchas sangrientas y mortíferas.

La juventud de ambos sexos es igualmente aficionada á una especie de danza mucho mas apacible. Los bailarines, tanto hombres como mugeres, se pintan el cuerpo de color encarnado, y llevan en la cabeza y en el cuerpo adornos de plumas de varias aves de colores brillantes.

Este baile se llama la *danza de los pájaros*. He aqui como dan principio los bailarines á esta diversion, que no carece de originalidad y de accidentes muchas veces estraños. Los hombres van primero á ocultarse en los bosques ó detrás de los árboles. En seguida, las jóvenes, colocadas unas detrás de otras, se ponen á imitar con asombrosa habilidad el canto y los silbidos de diferentes pájaros. A este llamamiento ó provocacion, responden los hombres con otros gritos imitando los ahullidos de los animales feroces, monos y puercos. Algunos momentos despues salen del bosque, y en cuanto las mugeres los divisan, se ponen á saltar como las ranas, pero siempre acurrucadas. Los primeros hacen lo mismo, y comienzan á correr unos detrás de otros. Esta maniobra continua por algun tiempo con una vivacidad extraordinaria. Aquel movimiento y confusion es tan pintoresco como divertido. Caen, se levantan, huyen y se persiguen: y cuando esto ha durado cierto espacio de tiempo, cada una de las jóvenes hace por dejarse agarrar de aquel á quien tiene inclinacion.

(Se concluirá.)

ESCENAS DE FAMILIA.



La oración de la mañana, escena de familia en el siglo XV.

El grabado anterior es uno de esos cuadros que no necesitan explicarse; la madre con el niño menor en los brazos enseñándole á adorar al Todopoderoso, el otro niño escuchando, apoyado en las rodillas, lo que dicen á su hermano, y el padre contemplando á las prendas queridas de su alma, presentan un conjunto interesante, donde no sé sabe que admirar mas, si la belleza del pensamiento ó el mérito de la ejecución.

EL ESCULTOR DE LA MONTAÑA.

Novela.

I.

LA CABAÑA.

En una pequeña aldea, situada entre dos altas colinas del vasto territorio asturiano, hace algunos años que habita-

TOMO VIII.

ba un joven llamado Hipólito Clofin, cuya interesante historia repiten hoy los ancianos á sus hijos; nosotros vamos á trasladarla á nuestro Museo, no del modo que se refiere en aquellas montañas de los astures, sino de la manera que nos la ha hecho conocer un viagero español y artista que hace pocos meses recorrió aquella comarca para estudiar sus costumbres, para visitar sus monumentos; la transmitiremos á nuestros lectores con todos los detalles y circunstancias, y con aquel fondo de enseñanza ejemplar que caracteriza la indicada anécdota; nuestro viagero habia conocido á Hipólito desde su infancia, por ser tambien asturiano, y recibió sus confidencias en su lecho de muerte.

Hipólito era hijo de un maestro de escuela. Su padre le habia dado alguna instruccion; conocia un poco el latin, tocaba la zampoña, y hablaba el francés con alguna facilidad, de suerte, que en el pais, le llamaban el *maestro Clofin*.

Habiéndose ocupado desde su infancia como varios de los habitantes de aquellas montañas, en tallar el pino con su cuchillo, había tomado insensiblemente gusto á este género de trabajo, y llegado á ser escultor de juguetes; pero un viage que hizo á Oviedo, habiéndole prestado la ocasion de ver algunas ensambladuras góticas, comprendió que aquello era para él una especie de iniciacion. Conoció lo que era el arte y lo que podía obtener la paciencia humana, y desde este momento se decidió su vocacion. Dejando á un lado los juguetes, á los que antes se había aplicado, se puso á esculpir sobre la madera cuanto veia, estudiando sus menores detalles, acabando para volver á empezar, y volviendo á comenzar para acabar otra vez; no dejando, en fin, nada detrás, y trabajando con ferviente afán.

Esta concienzuda aplicacion, no tardó en producirle resultados. Sus ensayos, en un principio incorrectos y confusos, llegaron á ser mas fieles, mas correctos y mas atrevidos; las dificultades de la ejecucion desaparecieron para dar lugar á las dificultades del arte; Hipólito no tuvo ya que buscar la forma, sino el movimiento; la ciencia estaba adquirida y quedaba probar el genio.

Entonces comenzó para el joven aquella lucha de sentimiento que quiere producirse contra la materia inerte que resiste; lucha tan llena de alegría cuando es dichosa, y cuando se cumple la creacion.

Se hubiera creído, por otra parte, que la madera obedecía á todas las fantasías de Hipólito, pues parecia que se amoldaba al simple contacto del pensamiento. Ocupado únicamente en su trabajo, queriendo hacer la belleza como él la imaginaba, se confundía, y esto animaba sus descos; sentía las emociones de su pensamiento, á la vez que temblaba su mano. Nada de cuanto hacia era la consecuencia de una combinacion ó de un sistema, sino de una impresion; había comprendido el arte como la expresion visible de un alma humana en presencia de la creacion.

Sus esculturas, confundidas en un principio con los groseros bosquejos de los pastores de la montaña concluyeron por distinguirse: todas las capitales de España hacian pedidos de su trabajo. El traficante que había comprado las primeras esculturas á vil precio obligaba á nuestro joven á trabajar con mas ardor, prometiendo pagárselas mas caras.

Hipólito, que desde la muerte del maestro de escuela era el único sosten de su anciana madre, vió con alegría que podría asegurarle con su trabajo una vejez tranquila; y con efecto, una comodidad inesperada se hizo sentir bien pronto en la cabaña: se pudieron añadir algunos muebles al rústico menaje, renovar su ropa de los dias festivos, y algunas veces por la noche, cuando venian los vecinos, servir una buena cena con vino, despues de lo cual tomaba Hipólito la zampoña ó la gaita, y acompañaba á su madre que cantaba, con una voz todavía vibrante, los antiguos romances de Pelayo, ú otros cuya letra había compuesto el difunto maestro de escuela.

Los dias de Clofin se dividían de esta manera entre el trabajo y las tranquilas distracciones, dejando á Dorotea que vigilase en todos los demas negocios. Emancipado de toda clase de trabajo material, su vida era una meditacion continua y fecunda, sin que nada pudiese arrancarle de su mundo ideal, mas que los placeres de la vecindad ó las ternuras de la familia. Podía entregarse enteramente á las intimas alegrías de la invencion, y mucho y familiarmente con su

genio. Las dos terceras partes de su tiempo las consagraba á su sola inspiracion, y entregado á su arte, como los santos á la piadosa contemplacion, no sentia ningun afecto producido por la vida real.

Una hermosa mañana de verano que se hallaba sentado á la puerta de su cabaña fumando y contemplando las nuebecillas que en el horizonte reflejaban los rayos del sol próximo á salir, vió que un caballero se apartó del camino.

Era un forastero que representaba unos cuarenta años, y cuya elegancia anunciaba ser un hombre de mundo. Se había detenido á cierta distancia de la cabaña de Clofin mirando en derredor suyo; mas últimamente sus ojos se clavaron en nuestro joven.

—¡Ah! He aquí lo que necesito, exclamó adelantándose hacia él. ¿Podrá vd. indicarme donde encontraré á Hipólito el escultor?

—Yo soy, dijo Hipólito levantándose.

—¿Es vd? exclamó el forastero ¡maravilloso!

Y apeándose del caballo, entregó la brida á un criado con librea que le acompañaba.

—Yo le busco á vd., señor Clofin, continuó el caballero, porque habiendo visto sus esculturas, vengo á comprarle algunas de ellas.

Hipólito le mandó entrar en su cabaña.

—¿Es aquí donde vd. trabaja? preguntó el caballero sorprendido de la apariencia agreste del taller.

—Al lado de esta ventana, respondió Clofin.

Y enseñó al extranjero una larga mesa sobre la cual se hallaban dispersas muchas esculturas terminadas. Debajo se veían hacinados muchos trozos de madera, y sus raras herramientas estaban suspendidas de la pared.

—¿Con que no tiene vd. otro taller?

—No señor.

El caballero encajó su lente sobre su ojo derecho.

—¡Milagro! murmuró: ¿cómo es posible que puedan hacerse semejantes obras maestras en esta casucha? Pero, señor Hipólito, creo que es así como vd. se llama.... Vd. carece aquí de todo; no tiene vd. escitaciones ni consejos....

—Yo procuro imitar lo que veo, como lo siento, respondió Clofin; mire vd. cabras copiadas del natural, un toro, un niño....

—¡Hermosas figuras! interrumpió el forastero que había tomado las dos esculturas que Hipólito le presentaba: las compro.... ¿cuánto valen?

Hipólito dijo el precio.

—Convenido, respondió el caballero que pareció admirarse de la baratura. ¿Pero sabe vd., amigo mío, que yo he removido cielo y tierra para encontrarle? Los traficantes que revenden estas esculturas en España, ignoran su nombre de vd. ó le ocultan, y yo no podía descubrir al traficante que las compra de primera mano. En una palabra, yo he sabido su nombre de vd., y como pasaba por estos lugares he querido verle.

Hipólito se inclinó.

—No sospecha vd. la reputacion que tiene en España, prosiguió el extranjero. Se compran al momento sus esculturas de vd.; yo las he visto en palacio y en las casas mas principales de la corte. ¿Vd., sin duda, no querrá permanecer aquí?

—Al contrario, caballero, respondió Hipólito, yo no pienso dejar mi montaña.



—¡Cómo! vd. quiere perder su porvenir. Aquí no hará mas que vegetar.

—Me creo feliz, caballero.

—¿Feliz? repitió el forastero mirando el vestido grosero de Clofin; esto prueba que vd. es filósofo, amigo mio; pero vd. no tiene aquí ni un taller. ¡Esculpir á tres pasos de un hogar donde se cuecen los pucheros de su comida frugal!.... ¡Qué vida!

—¿Y qué ganaria cambiándola por otra? preguntó Hipólito.

—Celebridad, en primer lugar: hasta ahora se conocen sus obras de vd. y se ignora el nombre del autor; es menester que vd. haga fortuna.

—¿Hacer fortuna? repitió Clofin admirado; ¿y por qué medio? ¿de qué manera?

—¡Qué preguntas! exclamó el forastero; con sus esculturas de vd., ¿no sabe vd. que nuestros artistas viven ahora como duques? Es menester aprovecharse de los progresos del siglo; venid á Madrid. Yo le presentaré en nuestras sociedades; le pondré en contacto con los periodistas que harán de vd. un Miguel-Angel en miniatura, y antes de dos años tendrá vd. coche.

—¿Es posible? murmuró Clofin estupefacto.

—Cierto, ciertísimo, Hipólito; y puesto que la casualidad me ha proporcionado encontrarle, yo deseo que vd. se aproveche de ella: créame vd. y véngase á Madrid.

—Yo no puedo pensar en eso, murmuró el escultor sacudiendo la cabeza.

—¿Por qué razon?

—Yo tengo aquí mis costumbres, mis amigos, mi madre sobre todo.

—En Madrid encontrará vd. con qué reemplazar todo eso.

—No, no.

—Reflexiónelo vd. bien, añadió el cortesano, que procurando persuadir á Clofin se había persuadido él á sí mismo. Reflexione vd. que aquí vivirá siempre como un campesino. Vd. me hace el efecto de un príncipe educado en el aislamiento y que ignora que le aguarda una corona. Ahora bien, esta corona es la que yo vengo á ofrecerle. No se le pide á vd. mas que renunciar á sus antiguas costumbres, y se le promete con buen éxito el placer y la riqueza; por muy filósofo que vd. sea, yo supongo que le gustará el teatro y el vino de *Champagne*: vd. tendrá todo esto; decídase pronto y le llevo en mi silla de posta.

Hipólito iba á responder; pero se estremeció de repente y se detuvo; sus ojos acababan de encontrarse con los de Dorotea.

Hacia algunos instantes que había entrado y escuchado alguna cosa, y aunque no muy enterada del asunto, su mirada de madre adivinó todo, y creyó por la agitacion de Hipólito que alguna cosa le pasaba.

—¿Qué te dice ese caballero? preguntóle aparte Dorotea.

—Me habla de la corte, madre mia, respondió Clofin.

—¿Y propone llevarte consigo?

Hipólito contestó con un signo afirmativo.

—Acuérdate, dijo vivamente la anciana, que aquí es donde viven las gentes que te aman.

—No lo olvidaré, respondió Hipólito.

—Y bien, preguntó el cortesano, que había en vano procurado escuchar.

—Yo no quiero dejar á mi madre, caballero, respondió Clofin con gravedad.

Y como el forastero quisiese insistir:

—Mi determinacion está decidida, respondió con acento firme y brusco, y nada me hará cambiar.

—Como vd. quiera, repuso el forastero; pero vd. sacrifica su fortuna.... Sin embargo, añadió, yo he dejado en un parador inmediato unas cuantas señoras, hallándose muy fatigadas del camino para consentir en acompañarme. Ellas le comprarán á vd. todo lo que tiene terminado. ¿No quiere vd. traerlo? Podremos llegar muy cómodamente á la hora de comer.

Clofin consintió en ello despues de haber titubeado algunos instantes.

II.

LA PARTIDA.

Cuando volvió, era ya tarde; los forasteros le habían detenido y hecho comer en el parador. Su madre quiso dirigirle algunas preguntas, pero él respondió brevemente á ellas, y con una especie de impaciencia continua.

Al día siguiente se puso á trabajar con tristeza, y en todo el día no habló una palabra; fácilmente se conocia que su alma carecia ya de aquella severidad primitiva que tanto le caracterizaba. Replegado en sí mismo, como un ave enferma no comprendia sus tranquilos cantos. Dorotea, esperando que esta tristeza fuese pasajera, no omitia nada para disiparla.

Pero existia una grande revolucion en el ánimo del escultor. Mientras no vió mas que sus amigos y sus vecinos, vivió como ellos, sin ambicion, limitando sus deseos á los sencillos goces que conocia, y no supuso nada mas allá; pero la presencia y las palabras del cortesano, le trasformaron completamente.

Había escuchado primero sus relaciones como aquellos cuentos fantásticos que encantaban su infancia; pero las señoras que vió en el parador, confirmaron todas aquellas relaciones: una de ellas hizo mas, pues se presentó como ejemplo á los ojos del escultor: pobre como Hipólito pocos años antes, debía á la musica la opulencia de que se veia rodeada.

Pensaba, daba tortura á su imaginacion; pero no sé que especie de sábio instinto le aconsejaba que huyese de estas tentaciones engañosas; todas las malas pasiones tanto tiempo adormidas, se despertaron en su alma, cantando en coro como los hechiceros de *Mabeth*:—*Tú serás rico, célebre!*—y el pobre Hipólito se hallaba á punto de ceder á estas embriagadoras promesas.

Lo que otras veces le había encantado, llegó á serle indiferente: la imagen de Madrid se interponia á todo cuanto miraba: era como una sombra fatal que impedía llegase el sol de la alegría. Trabajaba distraído; comenzaba mil objetos y no acababa ninguno, encontrando por todas partes el disgusto.

Su salud concluyó por resentirse de estas nuevas preocupaciones, y una fiebre lenta comenzó á minarle sordamente. Hasta entonces, su madre había guardado silencio; pero cuando le vió caer en esta languidez mas peligrosa que la desesperacion, no titubeó mas tiempo.

—Dios perdone á esos forasteros el mal que te han causado, Hipólito! dijo Dorotea; han venido aquí como la serpiente al paraíso terrenal, á obligarte á comer el fruto del

árbol de la ciencia..... Pero el daño está ya hecho, hijo mío, y tú no puedes estar aquí mas tiempo. Parte, puesto que no tenemos ya lo que puede hacerte dichoso.

Clofin quiso objetar; pero la anciana madre no habia hablado mas que despues de resuelto el sacrificio en su corazón: allanó todos los obstáculos con aquella facilidad ingeniosa que Dios concede solo á las madres, y aquella abnegacion que nos muestran las mugeres sin poder enseñárnosla. Se pusieron por obra los preparativos y terminaron al cabo de algunos dias. Dorotea lavó ella misma la ropa blanca de Hipólito, recosió su vestido, y cuidó de todo, de suerte que estuviese mucho tiempo sin sentir su ausencia. Ademas le dió la mas grande parte de sus ahorros, recomendándole; no guardarlos, sino que no se impusiera ninguna privacion.

Lo que queda aquí es tuyo como lo que te llevas; sé feliz si puedes serlo, que yo no tengo otro deseo.

Hipólito aceptó todos estos cuidados con reconocimiento á la vez que con alegría estrechando á su madre contra su seno. Desde que supo que podía partir para Madrid recobró su salud; hablaba mas, cantaba sin cesar y trabajaba con ardor, porque no queria llegar á la primer capital de España con las manos vacias, y agotó todos los recursos de su arte trabajando en un grupo de niños que queria presentar como prueba de su habilidad.

En fin, llegó el dia de la partida, y la separacion fué bastante sentimental; Hipólito soltó por dos veces su baston de viage diciendo que no partiría; pero su madre dominó su dolor y fué la primera en animarle.

La novedad de los objetos y el movimiento del viage borraron poco á poco los recuerdos del jóven, y á medida que se alejaba de su pais iba el sentimiento dando lugar á la curiosidad. A pié, con un palo en la mano, un morral á las espaldas, apretaba mas y mas el paso, preguntando todas las noches la distancia que le separaba aun de Madrid. El camino le parecia interminable, pero no sentía enojo ni fatiga; estimulado por la impaciencia caminaba sin detenerse hablando consigo propio acerca de sus esperanzas. Si pasaba un carruaje elegante, arrastrado por un caballo rápido decia:—Yo tambien viajaré pronto de la misma manera. Si sus ojos se fijaban en alguna casa de campo ó de recreo, murmuraba.—Dejad que pase un poco de tiempo y tendré otra semejante. Y continuaba su camino alegremente, tomando asi posesion en el porvenir de todo lo que veian sus ojos ó solicitaba su deseo.

En fin, despues de algunos dias de viage distinguió un conjunto de torres, que interrumpian el horizonte; muchos tejados, muchas boardillas.... ¡Era Madrid!

III.

EN MADRID.

El cortesano habia dejado á Hipólito las señas de su domicilio cuando se separó de la aldea, recomendándole que se sirviera de ellas si alguna vez se decidia á marchar á Madrid, y nuestro jóven escultor, no bien hubo llegado, se apresuró á dirigirse á la calle del Caballero de Gracia, donde vivia don Pedro Riolo.

Este lanzó una fuerte exclamacion cuando vió á Clofin.

—¿En Madrid vd., amigo mío? ¿Se ha hundido la montaña de su aldea de vd? ¿Han incendiado la cabaña de vd; ó huye vd. por algun motivo político?

—Mi cabaña está en su sitio, respondió Hipólito, y al reina no tiene un súbdito mas pacífico que yo.

—¿De modo que ha venido vd. á Madrid voluntariamente?

—Voluntariamente.

—¿Y quién ha podido hacer ese milagro?

—Las palabras de vd., caballero.

El madrileño miró con sorpresa al jóven asturiano quien le esplicó entonces todo lo que habia pasado.

—De suerte, dijo don Pedro cuando Hipólito hubo acabado, de suerte, amigo mío; ¿qué vd. viene á Madrid para hacer fortuna?

—Vengo para darme á conocer.

—Eso es lo que yo quiero decir. Le ayudaremos á vd.

—Siempre he contado con su proteccion de vd.

—Y tiene vd. razon; pero ante todas cosas yo quiero que usted conozca á nuestros artistas mas celebrados.

—Con mucho gusto los veré.

—Mañana mandaré llamar aquí á muchos. Venga vd. á comer con nosotros, y traigase de paso algunas esculturas.

—Así lo haré.

—Hasta mañana, pero tarde, pues nosotros comemos aquí á la hora en que vd. cena en Asturias.

—Hasta mañana á las siete.

—Eso es.

Y dándose mutuamente las manos se separaron.

Hipólito empleó una gran parte del dia en buscar una casa de huéspedes. Recorrió luego los paseos y los edificios públicos, deteniéndose estasiado en frente de cada uno de los monumentos que iba visitando.

Al dia siguiente acudió á la hora indicada á casa de Riolo, al cual encontró rodeado de una docena de jóvenes á quienes fué al punto presentado.

Llevó un grupo de niños que escitó la admiracion general: un pintor encontró allí cierto punto de contacto con el cincel de Benvenuto; un escultor comparó á Hipólito con el Dominico, y un periodista que se hallaba presente fué á dar la mano al jóven, anunciándole que al siguiente dia le proclamaria en una gaceta, el Cánova de la montaña de Asturias.

En seguida se sentaron á la mesa y la conversacion versó únicamente sobre la pintura y la escultura, é Hipólito se admiraba de lo que oia repetir con este motivo. Todos los convidados se lamentaban de la decadencia del arte, del mal gusto del público, que los obligaba á seguir una falsa senda. Si los antiguos habian sido tan grandes, y si ellos eran tan pequeños, consistia, decian, en la diferencia de los tiempos. Hoy el génio no es comprendido, y el talento imposible; y todos repetian en coro y con acento melancólico, vaciando sus copas de *Champagne*: «¡El arte decae, el arte sucumbe!»

En cuanto á las causas de esta decadencia, los unos acusaban á la civilizacion, otros al gobierno constitucional, y varios á los periódicos.

—Solamente ellos nos acusan, dijo el folletinista á media voz inclinándose hácia Hipólito; no piensan que el gusto del público se forma, segun lo que se le dá, y que si ha llegado á tener mal gusto, á ellos toca remediarlo, puesto que son los destinados á ilustrarle y conducirlo. Vd. creará que estos modernos Licurgos son fervientes adoradores del arte; pero ninguno de ellos querria ser un Corregio á condicion de trabajar y de morir como aquel gran pintor. Lo

que mata el arte, es que se vive mas con él que para él; que tenemos mas vanidad y ambicion que entusiasmo, y que no buscamos la belleza sino la utilidad.

Despues de la comida entraron todos en un salon donde el grupo de Hipólito fué de nuevo examinado y elogiado; pero todos sentian que el jóven escultor no hubiese elegido un asunto diferente. Los niños no estaban ya de moda. El favor del momento se dirigia hácia los asuntos de la edad media, y aconsejaron á Hipólito que esculpiese alguna escena sacada de las antiguas crónicas de su país. Pelayo, Covadonga y otras circunstancias históricas, le daban ocasion de lucirse y acreditarse.

—¿Y esto sorprende á vds? interrumpió el periodista sonriendo.

—Yo creí, dijo Clofin, que lo que daba valor á una obra era su perfeccion.

—Ese es un pensamiento de la montaña, amigo mio; aqui estamos mas adelantados. Lo que da valor á la obra, no es su mérito sino la oportunidad. Hace diez años que un artista hizo su reputacion pintando un sombrero sobre una roca en forma de queso; el cuadro era ridiculo, pero correspondia á las preocupaciones del dia y no le pedimos mas.

—De manera que no es el arte lo que debemos estudiar; sino el capricho del público.

—En efecto; los pintores, los escultores, los escritores no son mas que traficantes de novedades: si su moda prevalece ya está hecha su fortuna, si no tienen que apelar á un nuevo método....

—¡Ah! esto no es lo que yo habia comprendido, murmuró Hipólito.

Y tornó á su casa de huéspedes desalentado.

No obstante, don Pedro Riolo fué fiel á su promesa; presentó al jóven asturiano en todas partes; le puso en relaciones con los traficantes que le hicieron numerosos pedidos. Hipólito no habia sido jamás tan rico, pero esta riqueza la pagó con su libertad. Le indicaron los asuntos que debia tratar, imponiéndole un programa.

Esto fué para él una especie de tormento tan doloroso como nuevo. Hasta entonces habia seguido todos los movimientos de su fantasia, traduciendo con su cincel sus impresiones del momento, produciendo sin conocerlo, como pensaba, como veia, no buscando en su obra mas que el placer de expresar cumplidamente lo que tenia en sí. Semejante al pájaro libre se acostumbró á volar en todo el espacio; mas ahora no le dejaban mas que un círculo fijo, reducido, mezquino. La inspiracion sucedió á la *tarea* y por primera vez supo que el disgusto podia encontrarse en el trabajo.

(Se concluirá.)

JARILLA.

NOVELA ORIGINAL

POR LA SEÑORITA DOÑA CAROLINA CORONADO.

¿Quereis saber lo que es una muger apasionada? ¿Quereis valorar el tesoro de sensibilidad y ternura, de idealismo y cariño, que encierra un corazon virgen, no contaminado por el hálito del mundo ni por el influjo de la civilizacion, que si no apaga, amengua y desvirtúa cuanto

hay de noble y espontáneo en él?... ¿Quereis saber cómo en el fondo de las selvas, lejos de la corrompida atmósfera de las ciudades, se desarrolla y crece el sentimiento, cómo se identifica con la naturaleza, cómo al soplo de las pasiones se revela indómito, violento, arrollador, irresistible?... ¿Quereis, en fin, saber cómo siente un alma virgen, cómo se enamora y ama, cómo gime y se regocija, cómo llora y sucumbe aniquilada por la hoguera que alimenta en su propio seno?... Leed á Jarilla.

—¿Y qué es Jarilla? preguntarán algunos de nuestros lectores que no conozcan la linda novela que lleva este título.

Jarilla, atendida su forma, puede ser una leyenda, un cuento, un libro de caballerías.... lo que gusteis: considerada bajo el punto de vista artistico, es una creacion, una belleza fantástica que tiene mucho de real.

Jarilla es una página del corazon escrita con toda la ternura y delicadeza de que solo es capaz una muger. Tal vez la señorita Coronado, sin advertirlo, ha narrado en esta forma sencilla muchas de sus impresiones y recuerdos. Tal vez su libro, incomprendible para los que no saben sentir ni amar, ha sido concebido y escrito con la fiebre del amor y el infortunio. Tal vez no es otra cosa que un melancólico gemido, un ¡ay! involuntario, que á impulsos de la pasion brota del alma, y repiten los labios maquinalmente....

Jarilla, en nuestro humilde concepto, simboliza á la muger que se ha educado y vive lejos del mundo, y se forja un mundo aparte; que siente la necesidad de amar y de ser amada, y sueña una dicha celeste, y la espera con la fé de la inesperienza, con el candor de la niñez, con la pureza de la inocencia, con el vivo anhelo de una voluntad que no ha sido nunca contrariada y tropieza con el primer obstáculo; con la tenaz energia de un corazon amante henchido de ilusiones y esperanzas, en el que la sávia de la juventud hace rebosar la vida, la poesia y el amor, como la llama de un fuego bien nutrido, arroja fuera del vaso el hirviente líquido que contiene.

Eso es Jarilla: tierna niña de quince primaveras, de grandes ojos negros, rasgados y brillantes, de niveos dientes y *cabellos tan suaves como las ondulaciones del agua*. Flor silvestre, escondida en el fondo de un valle; tórtola amorosa que no ha tendido su vuelo fuera de su inculta soledad, porque allí encuentra cuanto necesita para vivir. Eminencias que el sol baña, sombrías alamedas, frescas grutas que convidan al reposo; arroyos bullidores que corren serpeando entre guijas y amapolas; armonias del viento que suspira entre las hojas; cantos de las aves que la regalan sus trinos; perfumes de las flores que se abren á su tránsito....

Hija de la naturaleza, sencilla é inocente, ingénua y candorosa como ella, Jarilla, obedeciendo únicamente á los impulsos de su corazon, se deja arrebatar de sus primeras impresiones, sin detenerse á considerar las consecuencias. Ve á un hombre, jóven, gallardo, seductor; vivo trasunto del tipo ideal que toda muger se crea en su imaginacion, cuando una necesidad secreta, una vaga inquietud que no comprende, la impulsa á darse cuenta de sus emociones y á indagar la causa del malestar que la aqueja, del vacío que siente á su alrededor: Jarilla encuentra al pie de una sierra á un jóven guerrero, á Roman, que da de beber á su ca-

ballo, y al punto que le mira, se queda estática contemplándole enagenada de gozo y de asombro. Roman es la encarnación de sus ensueños de muger; la *incógnita* misteriosa que no alcanzaba á descifrar; la imágen informe que bullía en su cerebro y pugnaba por adquirir contornos y expresión. Hélo allí que se aparece de repente, como escapado del firmamento y *traído por dos estrellas*; porque Jarilla, en su infantil ignorancia, llama así á los acicates de oro del guerrero que lanzan fulminios destellos, heridos por el sol; porque cree que el mundo termina en el limitado horizonte que abarcan sus ojos, y se imagina que su futuro amante no ha podido venir de otra parte que del cielo, escoltado por *dos estrellas*.

La ingenuidad de la virgen, el abandono y confianza con que habla á Roman desde la primera vez que le ve, pintan ya el carácter de Jarilla con rasgos felicísimos que se graban en el ánimo del lector, despiertan su curiosidad y le obligan á interesarse por ella y por su amante.

¡Cuán bello es y cuán bien trazado está el amor de ambos!.... Ora Jarilla, creyendo adelantarse con las horas, aguarde á Roman en la fuente de las Adelfas el día señalado para su vuelta, mucho antes que los primeros vislumbres del alba precipiten la luna á su ocaso; ora el enamorado doncel desprecie por ella á la hermosa duquesa de Silves, renuncie á la herencia de su presunto padre y al favor del monarca, y lleve la ceguedad de su delirio hasta apostatar de la religion en que se educara: en el castillo de Salvaleon él, y en el de Salvatierra ella, víctima de la venganza de doña Inés, cuando esta la hace creer que Roman es su marido y la ama; y en prueba saca su retrato y lo besa con frenesi; cuando lleva su perversidad hasta el extremo de encaminar á Jarilla á la alcoba del disoluto príncipe don Enrique, *vestida de blanco y adornada de flores*; cuando el marqués de Santillana quiere casarse con ella para poner á cubierto su honra, y la reina doña Leonor suplica á Roman que permanezca en su corte, prometiendo tratarle como á hijo; cuando vuelven á encontrarse los dos amantes en la fuente de las Adelfas, y el doncel, que se ha hecho moro creyendo mora á su adorada, huye frenético al saber que es cristiana; al verla caer de hinojos y juntar las manos para orar al pie de una encina donde se oculta una imágen de María; y finalmente, en la tristeza, en el abatimiento, en la mortal melancolía que se apodera de Jarilla, imaginándose que ya *él* no la ama, melancolía que la conduce lentamente al sepulcro en *los últimos días del mes de mayo*; en el dolor y desesperación que arrastran al infortunado Roman á buscar el término de sus padecimientos en un horrible precipicio.... en todos esos y en tantos otros episodios interesantísimos, que no recordamos en este momento, está perfectamente pintado el carácter original de Jarilla, el amor sublime y los instintos de la muger que no ha aprendido aun á disimular ni á mentir: carácter, amor é instintos, que resaltan tanto mas, cuanto se comparan con la lealtad caballeresca, con la pasión volcánica y la pureza del sentimiento religioso que resplandece en el heroico sacrificio que voluntariamente se impone el desventurado jóven para lavar su pasado extravío. Jarilla le abre sus brazos, le acaricia, le llama con los nombres mas dulces que pueden pronunciar los labios de una muger querida; pero Roman, acometido de un vértigo espantoso, recuerda que *la religion ha vuelto á poner entre él y Jarilla una bar-*

reira insuperable. Jarilla es cristiana. La Virgen de los Dolores es su madre. ¿Quién será bastante osado para acercarse á ella? ¿Cómo el apóstata, el siervo de Mahoma se atreverá á ser esposo de la doncella cristiana?....

Tal es la novela de la señorita Coronado; para juzgarla, no hemos hecho un analisis detenido de ella, porque hay ciertas obras que no se prestan al analisis. Son púdicas sensitivas, que se encogen, se amustian y perecen al rudo contacto de una mano poco delicada. Para apreciarlas en lo que valen, es preciso verlas en su conjunto; buscar la armonía y el enlace de las partes que las componen, y sobre todo, seguir el pensamiento dominante y examinar si el autor ha sabido desarrollarlo de modo que ofrezca novedad é interés. Si lo ha conseguido ¿qué importa lo demas?

Jarilla y Roman son las dos grandes figuras que se destacan en el cuadro, que con tanta riqueza de colorido y expresión, ha trazado la señorita Coronado. A ellos, pues, hemos consagrado nuestra atención. Los demas personajes, aunque bien delineados en su mayor parte, como el del page (Perez), la portuguesa (doña Inés), Regio, etc., son accesorios: ocupan un lugar en el lienzo solo para que la luz y la sombra se reflejen mejor en la fisonomía de los que figuran en primer término. Jarilla y Roman, y particularmente la primera absorbe todo el interés. Cuando no la vemos, cuando se prolongan demasiado los incidentes y digresiones (de que la autora no se ha mostrado avara, sea dicho entre paréntesis) sentimos un impulso de despecho, y devoramos la página buscando con avidez su nombre.

Sin embargo, nos cumple aquí decir que esas pequeñass contrariedades para escitar mas y mas la curiosidad del lector, esa facilidad para hacer una transición hábil é inesperada en una situación interesante, cualidad indispensable al novelista y que en tan alto grado posee Dumas, es una de las cosas que mas nos han agradado en la novela de la señorita Coronado, si bien hubiéramos querido que fuese mas parca en la aglomeración de personajes y sucesos.

En cambio de este y otros ligeros defectos, la trama está bastante bien urdida, los caracteres bien sostenidos; los acontecimientos políticos enlazados con la acción general, se eslabonan sin violencia; aunque suelen distraer á veces la atención del lector de los personajes principales mas de lo que convendría. El interés, no obstante, se conserva y aumenta de capítulo en capítulo; el recuerdo de Jarilla es una esencia perfumada que se insinúa por la mas leve hendidura, y llega hasta nosotros convidándonos con sus gratas emanaciones á buscarla mas allá; el estilo es fácil, vehemente, adaptado á la índole de la novela; el diálogo animado, las imágenes oportunas; bellísimas algunas descripciones; hay imaginación y una imaginación vigorosa y lozana, y no poca novedad en el enredo de muchas situaciones, y un profundo sentimiento de lo bello en la manera de presentarlas.

La primera entrevista de Roman y Jarilla; la escena del retrato entre esta y la portuguesa; la del gabinete con don Enrique, y las bellas entre las mas bellas de la cuarta parte, desde el capítulo II hasta el final, honrarian á cualquier novelista por aventajado que fuese su mérito.

El capítulo VI, sobre todo, está escrito con una ternura, con una sensibilidad, con un encanto y una unción tal, que no solo conmueve y enternece; mas de una vez los párpados se cierran bajo el peso de alguna lágrima fugitiva, que se escapa del corazón sin que la sintamos....



Los estrechos límites á que por fuerza tenemos que reducirnos, pues el periódico para el cual escribimos estas mal trazadas líneas, no publica artículos de grandes dimensiones (y siendo de crítica literaria ni cortos ni largos), nos impiden estendernos en consideraciones de otro género, temiendo abusar de la benevolencia de nuestro excelente amigo el señor Mellado, director del Museo. Diremos, pues, para concluir, que la novela de la señorita Coronado, es un nuevo florón de su rica diadema de poetisa; y nosotros, admiradores de su talento, de su modestia y demas apreciables dotes que tantas simpatías la han conquistado, tenemos un verdadero placer en contribuir, aunque sea con una sola hoja, á la fragante guirnalda que manos mas diestras tejerán para ella.

Nada vale nuestro voto; pero es sincero y leal, como puede serlo el del mejor de sus amigos. Siempre hemos tenido una gran satisfaccion en alabar todo lo que realmente lo merece, y cuando á esta circunstancia se reúne la de ser obra de una persona tan recomendable como la señorita Coronado, en vez de palabras, quisiéramos tener una corona de oro para ponerla á sus pies, y en vez del humilde tributo de nuestro estéril aplauso, otra de laureles para colgarla en su frente.

A. MAGARIÑOS, CERVANTES.

LA REINA DE LOS BELGAS.

Suponemos que nuestros suscritores leerán con gusto los siguientes apuntes biográficos, relativos á la reina de los belgas que hace poco ha muerto á la edad de 38 años, dejando en el mayor desconsuelo á su familia y á su pueblo.

Luisa María Teresa Carolina Isabel de Orleans, la mayor de las hijas de Luis Felipe y de Amalia de Nápoles, nació el 3 de abril de 1812 en Palermo, donde su padre había hallado en fin un refugio y una familia despues de largos años de destierro y de viajes. Dotada por la naturaleza de gracia y de hermosura, la princesa, reunía á estos dones una sencillez encantadora, una bondad sin límites, una piedad ejemplar y una educacion de primer orden. Su gran ocupacion era la caridad, y pasaba los dias y las noches conspirando.... contra la miseria y el dolor. Donde quiera que alguno sufría, su mano se dejaba sentir sin mostrarse, con una delicadeza verdaderamente evangélica.

El 9 de agosto de 1832, se casó en el castillo de Compiègne, con Leopoldo de Sajonia Coburgo Gotha, rey de la Bélgica emancipada, y desde entonces fué para su pueblo católico el buen ángel de este monarca protestante. Voluntariamente estraña al gobierno, la reina Luisa se entregó totalmente á las virtudes conyugales y maternas, y al ministerio de gracia y beneficencia. Se citan de ella una porcion de buenas obras de las cuales referiremos algunas.

El 2 de febrero de 1844, una dama de palacio entregó á la reina un memorial firmado por un consejero de provincia, pidiendo en favor de un pobre obrero llamado Goosson, único sosten de una familia numerosa, condenado á tres meses de prision por unos palos que dió estando borracho; la princesa se estaba vistiendo para una ceremonia pública, y

la aguardaban todos los homenajes del rango supremo. Sin detenerse arrojó á un lado los adornos, despidió á las damas y corrió al cuarto del rey. Este se hallaba ausente; la reina voló en su busca, atravesó dos veces la ciudad, y hallándolo en fin, abrazada á sus rodillas obtuvo el perdón del desgraciado, que envió al punto con un oficial de palacio, y volviendo luego á los cortesanos les dijo con modestia: «Perdonad, señores, he querido tener dos fiestas en vez de una.»

En la última esposicion de productos de industria, la reina, examinándolos, se detuvo conmovida delante de unas telas de abrigo y muebles de bajo precio; á todos admiró al pronto su distraccion; pero luego la comprendieron; pensaba en los pobres á quienes estos objetos debian preservar del frio y de los padecimientos: llenó de elogios al inventor, y le compró gran cantidad para distribuir á su clientela.

El 10 de mayo de 1847, Luisa María estuvo á punto de perecer en el camino de hierro de Bruselas á consecuencia del choque de dos convoyes; la Providencia veló por ella, pero le reservaba otros golpes mas terribles: la caída y la dispersion de su familia, y la muerte de su padre en el destierro abrieron las llagas hechas á su corazon por la pérdida de sus hermanos y apresuraron el fin de sus dias.

Una santa muerte ha coronado su vida ejemplar. Ignorante de su propio estado olvidaba su dolor para ocuparse del de los demas, y formaba mil proyectos de viages y de reuniones íntimas en Bruselas, en Laeken y en todos los palacios alemanes que distribuía á su madre y á sus hermanos arrojados del palacio de Francia. Cuando Mad. d' Hulst, le anunció con sus lágrimas la proximidad de la agonía, miró á su familia colocada en su alrededor, y cayó sin conocimiento. Vuelta en sí cumplió sus deberes religiosos diciendole sin cesar al abate Guelle: «¿Estoy bien preparada?» Luego exclamó: «Bendito sea Dios que me permite morir al lado de los que amo.» Despues desfalleció de hora en hora, y al fin exhaló el último suspiro. Su madre estaba de pié al lado de la cama, sin palabras y sin lágrimas; tantas son las que ha vertido ya, y se la oyó decir á sus hijos: «Es preciso resignarnos con la voluntad de Dios.»

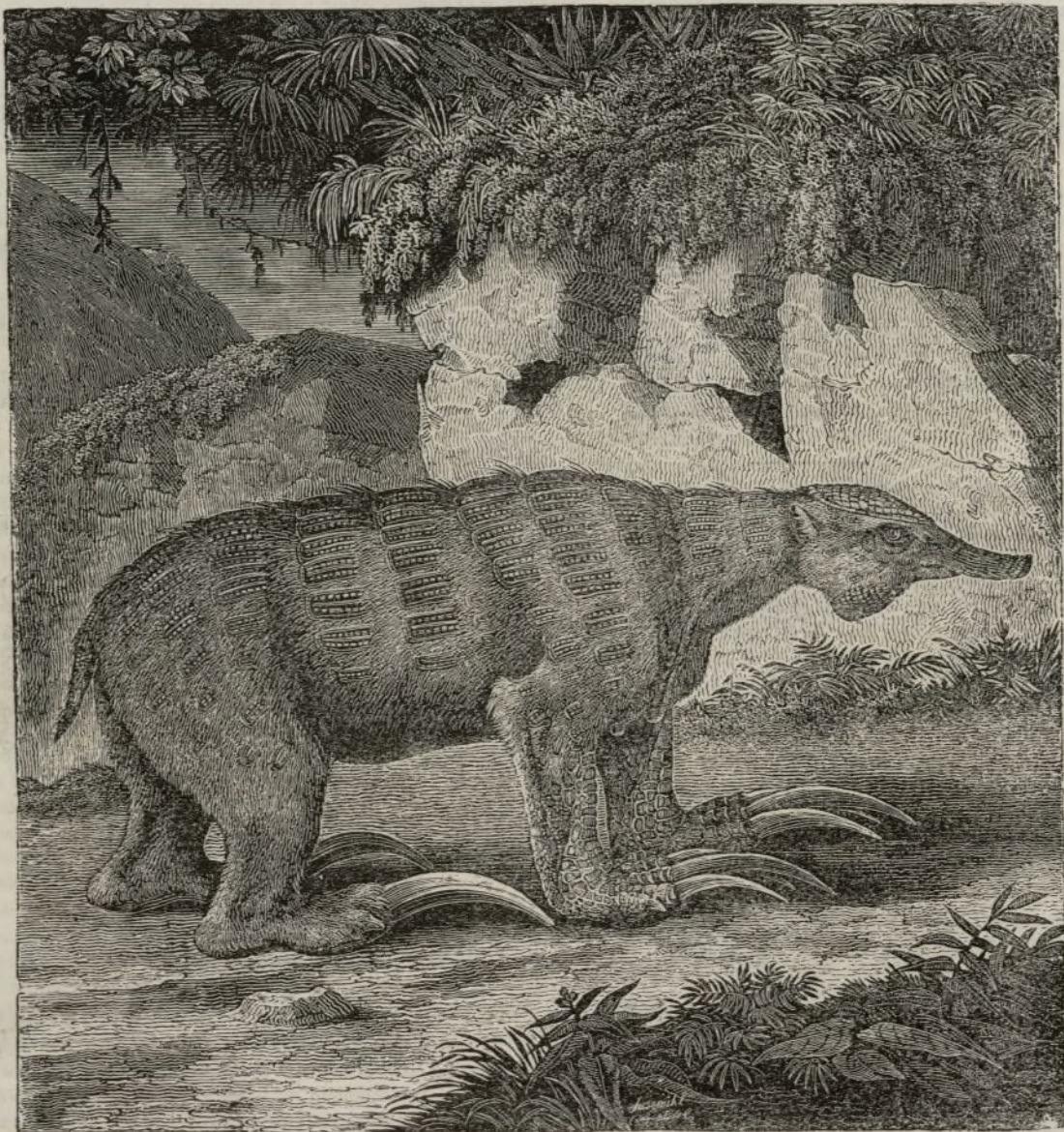
HISTORIA NATURAL.

EL MEGATERIO.

Este animal (megatherium Cuvieri) es el mas raro de los fósiles, existiendo de él solo tres esqueletos, que fueron hallados uno en el Brasil, otro en el Paraguay y el otro en el Perú. El mas completo de todos ellos forma hoy parte del Gabinete de historia natural de Madrid. Este animal es mucho mas estraordinario que el megalonix, y tiene la cabeza de un ai; pero alarga el hocico á manera de trompa corta, pero musculosa, propia para hozar y escarvar la tierra segun acostumbran á hacerlo los puercos. Tiene en la quijada inferior y como á la mitad de su longitud una gran prominencia huesosa que suele estar cubierta por lo general de escamas. Es pesado en sus movimientos, asi de las manos como de las demas partes de su cuerpo en general, pero sus piernas, escesivamente gruesas, tienen mucha semejanza con

las del pangolin y su trasero es sumamente abultado. Los pies son oblicuos, muy grandes, y tan gruesos como su cabeza; los de delante semejantes á los de un armadillo gigante, constan de cinco dedos, de los cuales dos quedan ocultos por la piel, y en los otros tres muy gruesos, tiene grandes uñas muy á propósito para escavar la tierra: los de atrás guardan mucha analogía con los de delante, pero solo

tienen una uña muy larga y muy gruesa. El cuerpo es tan abultado como la mitad de un elefante, de ocho pies de altura y de trece á catorce de largo, de carne dura y cubierta como los armadillos de fajas de grandes escamas interrumpidas y aun mezcladas entre sí con el pelo del mismo animal. Tiene bastante abultado el vientre y su cola es muy corta, y muy espesa y cubierta como lo demas



El megacerio.

de su cuerpo de fajas de escamas, con la diferencia de tenerlas solo en forma de anillos.

De la misma manera que el megalonix anda siempre muy despacio con las tetas colocadas sobre el pecho y sin poder resistir mas que un pequeño peso sobre la espalda.

Su habitacion habitual deberia ser sin duda las cavernas y cuevas de los montes igualmente que el último animal

antes mencionado, ó acaso formase con el auxilio de sus grandes uñas alguna cavidad donde cobijarse.

Lo que hay de cierto es que se servia de sus uñas para ahondar la tierra, y arrancar ó estraer las raices con que se alimentaba, amontonándolas con su corta cola.